



to
Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA

CUENTOS
GANADORES 1998

avonper
99



Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA



Primera Edición, 1999
Antología - 5to Concurso de Cuentos 1998
Radio Santa María

Gráficas:
SIMÓN PERALTA

Diseño de portada:
SIMÓN PERALTA

Diseño y cuidado de edición;
corrección de originales y pruebas :
CARLOS FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y digitación:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Impreso en República Dominicana por
AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

ÍNDICE

Palabras de Presentación	Página
P. José Somoza, S.J.	7

I. Cuentos Premiados:

Parábola para Muñecas	11
Amapolas Pisadas	31
Los Fetiches	41
El Espejo	49
Llovizna de Muerte y Vapor	59

II. Menciones de Honor:

El Pago	68
Impedimento de Entrada	76
La Mesa	81
La Grilla	88
De Atardeceres y Olvidos	94

III. Anexos:

Al concluir... ..	104
Acta Única	106

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

El “Concurso de Cuentos de Radio Santa María sigue adelante. Estamos ofreciendo al público lector la sexta publicación. No es para exagerar o para alabarnos; es sencillamente, seguir haciendo esfuerzos para que este certamen siga caminando, siga haciendo caminos.

Lo más importante es comprobar cómo el concurso va conquistando las mentes jóvenes que quieren ir abriéndose paso y adentrándose en estos mundos de la literatura.

Quizás alguien pueda pensar que los diez jóvenes que integran esta antología no se sienten tan motivados. De hecho, lo más importante es que se han lanzado, se han animado y ahí están.

Todos tratan de dar lo mejor de sí mismos con cariño, con ánimo y con deseos de seguir adelante.

El patrocinio de León Jimenes y el campo facilitador de Radio Santa María han hecho posible esta realidad.

Estamos dispuestos a seguir adelante porque sabemos que es una gran ayuda para los que quieren seguir profundizando su vocación literaria y los que por primera vez quieren competir en buena lid poniendo su talento y capacidad a prueba.

Que salgan a la luz nuevos talentos en los próximos concursos, esos son nuestros deseos...

P. José Somoza
Director
Radio Santa María

I.

CUENTOS PREMIADOS



PRIMER PREMIO:

PARÁBOLA PARA MUÑECAS.

Seudónimo: Evita Mar Cámaras

Autor: Julio Adames

(ACASO bajo lluvia, las dos, apaciguadas también por los vidrios cortantes del agua y esa tormentosa pero vital tensión de la noche; o más tarde en la habitación, irsatisfechas, al capricho lactante de una piel que se descubre por su semejanza aborrecida, precoz en un vacío que entra al cobro anticipado de un vacío del que no basta desprenderse, un vacío que retrasa cualquier alumbramiento de placer en el rostro, de fuerzas similares que se comprimen, que la hunden sagazmente a usted y me arrojan a mí en su llanto, en risas hurgadas durante muchas horas, en los cabellos que engrapan sus cabellos provocando en mí un ligero dolor voluntario un grito en vano, la subversión tras la apariencia, la respuesta de la hembra que resiste a la hembra para de este modo abolirse entre sí,

fuera de sí, en esa forma imberbe de belleza cuasi cloacal en que apuradamente el labio roza a la mugrienta mariposa; el ojo, a la sombra; el dedo, a la rosa impura que luego corrige, absorbiéndola, al borde de unos labios; ojos sobre montones de rutinas que a mí me turban constantemente por no ser yo esa varilla transformable en el vientre, esa madeja dejada caer burda, a veces refinada, en torpes hacinamientos de pudores tras los alumbramientos de la espera, punta y aguijón que inservibles se cruzan en un único recipiente humano, extrayéndose mutuamente residuos).

YO ME MUERO por recobrarte, aun decepcionada, adolescencia de los miembros enfermos (Quasimodo), y rozo tu piel con mis cabellos negros como el cuervo; y picoteo tu vientre; y veo que hay miel y leche debajo de tu lengua; saliva machacada de rosas en tu carne; agua y sombra en los ojos que me miran en este último silencio desafiante; tu eres leona que escarba las durezas de mis selvas, oliéndome, sentándome en la cola del piano que tu empujas con los pies mojados de aceite; oh mi dulce borrica, mi amor; oh cuánto te odio; ahora ya no te golpeo con mi soledad en esta conyugalidad de los cuerpos; no importa si abres o si fijas la desolación; no importa si eres mi tormento o mi muerte; ahora estás aquí en esta agua levemente movida, mordida; y qué si nos ven, y qué si ven mis ojos en los escombros de lágrimas que voy apartando con miedo y con vergüenza; oh cuerpo cuerpo, a ti me arrojo; aquí los dedos están solos, solos, buscando el vano

sacrificio de vulnerar tu vientre en perfecta combadura cuando te doblas, y entra el aire por los ventanales; abrazo fuerte de la estratagema infantil cuando al fin accedes a tocarme y yo yazgo dulcemente en tu vientre;

y usted no, no todavía foca negra o boca perfumada de mi hastío, muriendo, muriéndose en la espera, golpeando con los dedos en un piano que ya lloraba desganado en las tardes de lluvia; atajo fúnebre cuando yo venía hacia usted, casi sin darme cuenta, sin saberlo, llamada en un quejido de aflicción para dejarla hurgar en mis caricias, deplorablemente, con un exceso brutal de piel y hambre, y yo tan fresca; tan caliente, tan absuelta de pecados en esos dedos que me recorrían y al final tan llena de engaño por los golpes de tristeza que volvían a deshoras, siempre, en largas cabalgatas por las que usted y yo ascendíamos juntas, espiradas por crueles derrotas; no, no tiene que saberlo; no tiene que saber nada de mí, no tiene que saber ni quién soy; no tiene que saber que hago con mi vida, matándola;

oh cuándo cuándo este deseo de romper las telas del alma por retenerte o aplacar tu ira; yo no podía más; no podía decirlo y entonces gritaba, oh flaca, flacucha, ven con malignidad a matarme y a sollozar, a reír, a gozarte conmigo en estos velos de estupideces donde me tragan tus largas piernas, y donde puedo ver mi carne atolondrada llena de luz, limpia de sombra y darme cuenta de que no soy la que soy y mi cuerpo no se vende; no se expende al

verdugo; y tú tampoco eres la que eres, niña, muñeca o cruel prostituta; qué más da; alteremos el vacío en la pared oblonga de este cuarto de baño; ahora déjame fumar o bailemos, te digo, pero vuelvo a fumar mientras tu te levantas, miras, sonríes y en un gesto de encantamiento dejas caer al piso una bata rosada; los pies en puntillas, te desplazas en leves contorsiones; luego vas a la ducha, abres, dejas caer el agua; ahora te bañas, y ese cuerpo es sueño de nuestro más allá, tras un espejo grotescamente colocado;

sin embargo aquí hay mucho silencio y cosas atrapadas en palabras que no quieren salir; no sé; usted me preocupa; el humo del cigarrillo se cierra cazando parte de su carne en el sofá y yo la veo leyendo una revista o fingiendo que lee cuando en verdad solloza; yo la sigo con el rabillo del ojo a través del cristal mientras procedo a hacer algo inútil con algodones untados de crema de afeitar en mis brazos; adivino lo que sucede; ya conozco esta aflicción infinitamente perversa de estrella desplo-mada, ya conozco este vacío de amplios derrumbes;

y el estar aquí, juntas, agazapadas, fingiendo que no duele este dolor, es solo un no caer en el peor momento y en la histeria de gritos, reproches y almohadas al aire, como siempre, como en aquel tiempo en que nuestras discusiones eran algo tan atroz que rompían el silencio de la noche y revolvían a todo el vecindario, porque ya no soportábamos ser más egoístas, más frágiles, más extraordinaria-

mente antagónicas y sin embargo tan irremediablemente tiernas y vulnerables, y entonces había lágrimas y dolor, había rabia y tristeza y una larga apatía de cuchillos reventándonos el alma;

PERO DESDE aquí no puede verme tan inútil en esta precipitación de egos como yo la veía a usted hace diez años, triste, apartada y desacontecida en el sucio pantano de mis ojos; los minutos hablan en esta velocidad destruida del tiempo en que la veo caminar, venir hasta la puerta, soplar los cristales furiosos de una lluvia entre lenguajes de alfileres y perfumes; han sucedido muchas cosas; yo he cambiado, lo admito, tampoco usted es la misma de aquel tiempo; ahora ya no hay aquella soltura de gatas húmedas en los tejados de la noche, grimosas en los estantes de nuestras carnosidades vagas y excelsas; ahora usted se deja aproximar para que yo la vea desnuda y hermosamente recubierta por pieles de bisontes polares y ligas negras, como antes no, hambrienta pero a la vez a la expectativa de poder saciarse, de poder atrapar esa imagen ajena que a usted se le envuelve en el pantano plegadizo del lápiz labial, a sabiendas de que es imposible corregir esos hábitos del encaje lunar de sus besos;

sí, es cierto; lo entiendo; ahora ya no importa que yo sienta esa vieja repisa acanalada que se negaba a participar en toda mi gloria; desde ahora tú manejas el ábaco de las preguntas y yo callo o estallo en una tormenta de sílabas heladas; es así como

atrapamos y fumamos ese martirio de belleza en que se acoplan efímeras nuestras almas en pena; esos muebles portátiles de cuerpos heridos de poéticas y mortuorios; es así como nos dejamos golpear por algo que es futuro y es nada, cuando encendemos el humor o apretamos la caricia rápida de la repetición cotidiana; un ser acongojado o cortado por tijeras de la cordura y, a poco rato de su ineptitud, queriendo ese querer del otro que siempre cintila en su reflejo, osando tal vez a la pregunta de humillación e impotencia que siempre callamos, saxofones roncros y tiernos que organizan la vida sin fanfarria, el despiste, la pequeña momia del vino (qué caray, decirlo así, aunque se joda todo el discurso -en esa cara de lamida por cascros de botellas) y de la soledad;

¿hacia dónde quería empujarme aquella vez, hacia qué rincón de ratas mohosas de la angustia? y Kierkegaard, ¿qué decía su queridísimo Soren Kierkegaard aturdido entre las pardas pestañas de sus ojos y aquellas reflexiones filosóficas que eran mi dolor de cabeza?: "la naturaleza noble y orgullosa puede soportarlo todo, excepto una sola cosa: la compasión; este sentimiento implica una ofensa que solo le puede ser inferida por un poder superior, pues por sí misma nunca se convertirá en objeto de compasión; si pecó, podrá soportar el castigo sin desesperarse, pero que se convierta ya desde el seno materno y sin que ella haya podido intervenir en nada, en una víctima de la compasión, es un aroma que sus narices no pueden soportar"; y nos

tocó de frente, usted lo sabe: yo tiraba hacia abajo por la cadenita de tristeza y usted estaba como loca con ese velillo de silencio despampanante que la colgaba con tres golpecitos en el tabique del infierno, más allá los ojos miraban, miraban un trozo de violín apagado, un cigarrillo, unas pantorrillas desnudas, un pie cayendo suavemente ¿te sientes bien, muñeca?, y esa lengua verde y helada del agua que tocaba un punto de mi cuerpo o lo rompía o lo arrastraba a la intemperie de una continuidad fija, sombra, cuerpos, silencio, que diría Kierkegaard de nuestro alter ego en medio de estos gemidos mutantes; cómo violar el sueño; cuándo empezó todo; quién empezó esta relación tortuosa de diosas asexuadas en un rectángulo de fiesta o espejo;

escarbar no puedo esa historia en un cadáver de recuerdos que se pudre en mis manos...

sin embargo, estoy segura que usted a mí me vio primero, ese día, por los vidrios del escaparate, mientras observaba la muñeca; entonces yo tenía quince años y usted probablemente no se dejaba aún alcanzar por la catástrofe de los treinta; usted me miró; no era ese mirar materia putrefacta, pero pude colegir en usted, en su voz apagada y cálida, algún cotejo cercano al derrumbe, a la expectación final; recuerdo que en la tienda había luz, mucha, y manchas grises de gente en los exhibidores y en la pared rectangular que seguía a la escalera de rodajes, los clientes se mezclaban con los empleados y yo res-

balé un poco hasta colocar mi cara frente a la pequeña muñeca que tampoco me quitaba los ojos de encima; no había el aviso irreparable de la compuerta para no mirar y solo arriba, enjorado en un marco lumínico, aparecía el mandato en un letrero que casi traspasaba la pared;

y fue cuando yo te vi tomar la muñeca, anidarla en tus brazos y susurrarle cosas como a un niño, vi cómo la tocaste, cómo olías su piel y descubrías lo inútil de quedarte un rato así mirando en esos párpados de insomnio algo que escapaba a esta realidad, recuerdos fangosos, gargajos de nubes y palabras que caían de la nada y se dejaban mezclar con agujeros de silencio por todas partes; en principio, aquel ritual me pareció extraño, ridículo, pero después no, lo supe cuando miré tus ojos y tú me sonreíste y saludaste con un guiño cómplice; tenías la muñeca sobre el mostrador donde yo me encontraba y, mientras iniciamos un juego idiota de miradas confidentes, al ver que te llevabas la muñeca que yo también quería, fue cuando dijiste la frase, aquella frase, entre angustiosa y cursi, con que me arrojaste fuera de la piel y en la cual, tú misma quedabas al descubierto : "está triste; más triste que nosotras, por eso me la llevo" ; y, allí mismo, ¿cómo abismarte, quitarte el falso capullo, la dulzura habitual de esa nada de espejismos que nada más llora?; llovía a cántaros; salimos justo cuando el aguacero se comía la calle y saltaba de alegría allá afuera, en impúdica felicidad; la comunicación por caja de fósforos había comenzado hermosamente

ojos verdes;

tú, Amparo, ves cuando yo llamo un taxi que no llega y minutos más tarde salgo mojándome por las aceras y te pido que nos vayamos juntas; tú y yo tomamos las barajas en las manos y armamos el juego y dejamos el cerebro vacío en un muerisueño de corales y en la aguja sin tiempo de un reloj que cundía en la altura del cielo o el infierno; abrazo sin límite que rodea lo que ya está agazapado en un quinto patio, llenándose de súbita alegría; esas pestañas, ese caer despacio hacia atrás, ahora consciente de mi llamado, esa piel neutra, ágil, buscando en el brazo de la muñeca las gotas de agua de la cara que lame la lengua y se esconde; tajeada por la lluvia te pusiste a mi lado y echamos a andar; caminamos sorbidas por esos esqueletos maravillosos que nos ayudan a localizarnos; entonces, por pura belleza, bajo el agua, íbamos abriendo los ojos y nos dejábamos enchumbar de cuantas cosas cayeran del cielo: árboles, luz, aguas, noches, sueños y frescas colinas por las que tú y yo habríamos trocado nuestras almas y barajas de corazones y nos habríamos hecho desaparecer por alguna calleja sin memoria, no importa cuando;

a varias cuadras, ensopadas de arriba abajo, nos refugiarnos en un portal; allí fue donde usted me contó que era profesora de filosofía en una universidad y que tenía un apartamento en la zona x de la calle tal; también me dijo que se llamaba Estrella, y que vivía sola; yo miraba los charcones de agua del

contén y me hubiera atrevido a lanzarme descalza sobre ellos; el inconsciente bufido del agua penetraba profundamente; una libertad inusitada empezaba a invadirme, estaba distraída; en eso usted se sacudió un ruidoso cabello de espantapájaros, como hacen los perros; quiso apretar la blusa dentro del pantalón pero la tela fina y mojada se pegó más a los senos que encandilaron dos zonas de pezones bien adheridas; el agua de los aleros tiraba un espejo en proyección a algunos ojos retraídos que se pegaban a los cristales; usted me vio cerrar los ojos, girar en redondo y colocar un pie encima del tubo, hasta separarme del contén; su imagen se alargó; frente a nosotras había un hotel-restaurant y yo tenía hambre y mucho frío;

encogerse de hombros, decir que sí y ya tiene una un plato de sopa caliente por delante, una mata de plástico al lado, una puerta de espejos y dos biombos de mimbre detrás; hay un cuadro de Iván Tovar ocupando un lugar en la pared; ¡hummm! la sopa esta riquísima/ mira qué cuadro tan bello/ cuál, el de la pared ! sí, ese mismo, qué te parece/ horrible/ no; no es eso; míralo bien; me refiero a la voluptuosidad que proyecta y al erotismo que trabaja/ ¡bah ! ahí yo solo veo figuras deformadas; parece que quien pintó ese cuadro no está bien del coco (ja-ja-ja)/; no digas tonterías; lo que pasa, que es pintura abstracta; y la pintura abstracta, créase o no, demanda de una lectura visual más profunda/ yo no entiendo eso; a mí mátenme con mis marinas y mis paisajes, y a mi mamá con su Sagrado Corazón de

Jesús (ji-ji-ji) / mira, yo tengo unas revistas sobre plásticas modernas; un día de estos, te las voy a prestar/ está bien; como quiera, pero te aseguro que eso no va a modificar mi gusto para nada/ no , mira, no creas, leyendo es que se aprende/ aprender qué; a la gran mayoría nos gusta aquello que se entiende, que uno ve y toca con cierta familiaridad, sin poner demasiada sesera en el asunto/ a mí, en cambio, no; a mí el arte convencional me aburre hasta los tuétanos/ ah, pues será a usted, porque a mí si no; yo no soy ninguna f-i-l-ó-s-o-f-a/ ese no es el punto; fíjate,: lo que sucede es que esos cuadritos de malecones, framboyanes y cosas por el estilo, ni son pintura ni son nada (son nada, mejor dicho); tú me comprendes, Amparito, tú sabes que yo sé que tú me comprendes...ja, ja, ja;

Horas más tarde, en una esquina, sobre la acera relamida de agua:

- A esa tanda no, muchacha, a la de las ocho.
- Está bien. Pero si tía me deja
- Bueno, mejor yo te llamo y nos ponemos de acuerdo. ¿Estamos?
- Estamos.

Fuimos al cine. "Nunca te prometí un jardín de rosas". Sentí mucha pena por Deborah, la de la película y hasta se me aguaron los ajos y empecé a gimotear. Entonces usted empezó a besarme la frente y a acariciarme el pelo con la mano, tal como suelen hacer las madres en estos casos, con gran ter-

nura.

— Ssssss

Salieron del cine como a las once. ¿De verdad que a las once ?. Sí, a las once peeme. Vamos a la Discoteca un rato (propuso Amparo). Mejor no vamos, pensó Estrella, pero dijo: No, Amparito, mejor nos vamos. Ya es tarde. Y por lo que parece tu tía es muy jodona. Los ojos se pusieron contentos y la abrazó.

el asfalto está húmedo de calor; la noche brilla; los esqueletos respiran aire, de nuevo; yo me paro en un telefono público, y llamo a tía; le digo que ya voy de camino; tía me dice aló aló (porque no se oye bien con el ruido de los vehículos que pasan); luego me tapo una oreja y oigo cuando me dice que mami llamó de Estados Unidos, que un beso y que me cuenta en la casa; yo cuelgo y empezamos a caminar de nuevo; usted, Estrella, camina bajo mi Amparo; se ve rota y ligeramente mareada; apenas es un silencio el que nos toca vivir en esta diminuta travesía; en la próxima esquina cada una tomará un taxi; sabemos el contenido de la soledad; hasta aquí; chao;

Antes, una pregunta, Amparito, ¿no te gustaría venir el domingo a mi casa? ¿Sí? Bueno, aquí tienes la dirección. Una tarjetica amarilla de hilo. Chao.

pasaron cuatro días después de la llamada

telefónica; el domingo trapeaba en lo azul, con nubes negras, signos de lluvia; si no es porque usted viene a buscarme, pagando un par de carreras, ¡me doy esta perdida!; antes la llame de un teléfono público y le dije dónde yo me encontraba; como referencia le mencioné un parque; usted llegó al poco rato; nos saludamos con sonrisas y abrazos; usted casi me levanta del suelo, del apretón.(sí, es verdad: episodio triste fue el no besarte); pero ya el chapuzón se derrumbaba verdinegro, arrogante, como si la lluvia estuviera dentro de nosotras; yo observo que cada vez que llueve, usted se evapora en una grafía imperfecta, a mis pies, delante de mí, silencio de un lenguaje que aguarda para descon- tenerse; nos metimos en un hall, viendo el chorro, las criaturas diminutas que explotan en el agua; llover es ser; en eso se acercó el chofer del carrito amarillo y nos preguntó a gritos si íbamos o si veníamos; íbamos; cuando nos subimos al auto, ya estábamos empapada de los pies a la cabeza; llegamos en una hora; usted me dijo que era ahí, al frente; un edificio de tres plantas, la tercera, me dijo; la lluvia seguía en sus buenas; usted sacó una llavecita y abrió la puerta de hierro; luego subimos, jadeando, una larga escalera; otra llavecita y otra puerta; adentro estaba tibio; me senté en un mueble donde había, desordenadas, muchísimas revistas, y vi, por la claraboya, en pequeños hilos, ráfagas simultáneas de nada o hisopo que lanzaban el frío que hace que una no se muera, que me acurruque ahí, en el instante, que me tape con usted, temblando, dueña de la noche, en sus ojos;

usted preparó dos copas de coñac, y bebi-

mos; bebíamos y fumábamos sin parar; al rato, pasamos al otro lado del pasillo, a una hermosa habitación, donde el mismo tiempo de aquí se fumaba la misma inocencia de allá, a calentarnos un poco, no nos vaya a dar un resfriado; chiviriquear un poco atrapando las toallas, frotando los cabellos, porque resfriada está la vida de hace tiempo, caramba; yo tengo miedo, y todo da vueltas; y yo voy sabiendo que tu te fuiste de la casa, que no quieres volver con el tío que te quiso hacer suya, a las buenas o a las malas; beber rápido el coñac y quitarme la blusa mojada -los dedos; ponemos ropas secas - los dedos; larvas oscuras chocan en la primera reacción de rechazo; las piernas de pájaros y ranas se van apartando; nosotras no miramos; pero se acercan y huelen las bocas en el corcho agrio de botella vacía, la mano cae, los ojos van a un término de hueco oscuro, salivas se mezclan con ojos en esa fugacidad, conociéndose /no, no puedo así / ¿cómo es tu espalda ahí donde mis dedos tocan?/ ¿qué agarrar o perder silencio es este ?/ tú no estás aquí, oh cuerpo cuerpo/ tú finges un caracol púrpura en la boca/ no sé lo que tengo / yo finjo que me estás construyendo entre columnas rotas / estamos borrachas / me agrada tu inquietud, el interés de ojos que pones en esta historia entremezclada de silencio y espera / yo no soy esto, no lo soy / acéptalo, ven / mis senos son una esquina hueca por donde atraviesan trenes de lágrimas...Dormidas al fin;

tres días es un tiempo despreciable; el olor a moho del jueves vino flaco y peludo; tuve que recor-

tar la clase; tú estabas allí, afuera, en el patio de la universidad, acompañada de aquel muchacho melenudo; me acerqué hasta ustedes, los saludé y después de lanzar una sonrisa vacía te pregunté por qué no me llamaste; me dijiste que no sabes; estabas "matando el tiempo"; en eso, Barba Azul (que así llamé al muchacho desde el principio) te atrajo por el talle y te besó; me dijiste que él era tu novio y que se llamaba Marco Polo; miré el humo del cigarrillo, que flotaba; él fumaba y fumaba, como un murciélago y el humo se mecía en su barbita fosforescente donde un sol salpicaba; me malhumoré; busqué en el bolso y me puse unas gafas negras; tenía ganas de golpearte, de halarte por los cabellos, a ver lo que pasaba, pero luego pensé en lo estúpido de mi situación; además, "qué puede saber este mocoso de hojalata y tirantes, de lo que nosotras sentimos", pensé; casi sin mirarme porque usted apretó el puño y yo la vi y Mar (Marcos) se quedó frívolamente contemplando un perro que olía a todo aquel que pasara por su lado, como si tratase de identificar a alguien apuntando el hocico; después fuimos a la cafetería a comer algo y a hablar bobadas: /eh sí / anoche tuve insomnio / qué, ¿de nuevo ? / ay sí (Barba Azul fumaba sin parar : se notaba sumamente nervioso) / te digo, tú sabes, practicamos budismo zen / ¡ja ja ! ¿y dónde ?, etcétera... Barba Azul: estas dos están pasadas...; me gustaría saber qué es lo que cuchichean tanto; risas...

al poco tiempo te veo irte con Barba Azul; la espalda cóncava y el ruido de los pantalones rotos,

con candado en un tiro, pero ninguna de los dos está triste; sus cuerpos se alejan, arden en ese enjambre difícil de la edad y el abandono; yo también, para no turbar tu aislamiento, me alejo; vuelvo a hundirme en mis labores...

llevamos dos meses conociéndonos, amándonos, sin decirlo; sin pronunciar una palabra sobre eso; colocando un cartón rugoso en las noches altas de nuestra tristeza; barcas a punto de estrellarse en los atardeceres de playas; humo palpitante como un corazón en tantas butacas de cines; a veces, tu, cuando me vas a buscar a la Facultad de Ciencias y Humanidades, enarcas las cejas, molesta, si me sorprendes hablando con alguno de mis compañeros de labores; yo tengo que darte explicaciones, que convencerte; sé que nos roe la misma pasión, el mismo miedo: quedarnos muertas, atravesadas por una espada luminosa;

una tarde, sucedió lo inesperado; llamaste por teléfono; se te oía agitada nerviosa; me dijiste que tenías que decirme algo muy importante y que nos veríamos a eso de las cuatro peeme; cuando intenté preguntarte de qué se trataba, me colgaste; entonces me preocupé, me comí las uñas y empecé a contar los minutos; sentía la necesidad de verte y estar contigo;

pero tú no viniste; recuerdo eso; esperé durante largo más de dos horas, sentada en una de las banquetas del parque, oteando tu presencia entre

la gente que cruzaba a mi alrededor; por momentos tuve un mal presentimiento, algo me decía que tú no volverías a estar conmigo nunca más; a partir de ese momento, mi intimidad, sin riesgos hasta ahora, empezó a volcarse en forma de raros enojos; y tales brotes de rebeldía amenazaban en convertir mi cuerpo en una gran tronera, un pozo donde la soledad se movería, agonizante...;

Madrugada del 4 de enero.

Querida Amparo:

El sábado es el infierno. Corrompida por la tristeza, llevo tres meses, tres meses sin saber nada de ti. Es sábado. Para seguir viviendo necesito enfrentar este día. Que pase rápido. Cuando eso suceda, tú te habrás borrado de los bordes de mi memoria... ¿Qué te parece? Digo esto y sin embargo estoy llorando sin parar. Estrella rota, corazón de trapo, silencio que sufre, que repasa la llaga en desalojados momentos... Hoy sé que te odio...

¡Pero te amo tanto!

meses y años transcurrieron sin ninguna noticia de ti; me rodearon límites, relojes, aguaceros, timbrazos en los que creía, a ratos, oír tu voz, descubrirte otra vez; sin embargo, tu no apareciste; entonces opté por olvidar, por instalarme de nuevo en la rutina, por irme fatigando en la mortaja del diario acontecer; buscar a otras muchachas, equivocarme, seguir de nuevo por esta gruta silenciosa del tiempo, sin abrir los ojos, matando los

reflejos que ya no son, los labios carnosos que toco, las piernas que abren, miro y palpo, noches de piedra que he aprendido a colocar en mi memoria, fuera de tu alcance;

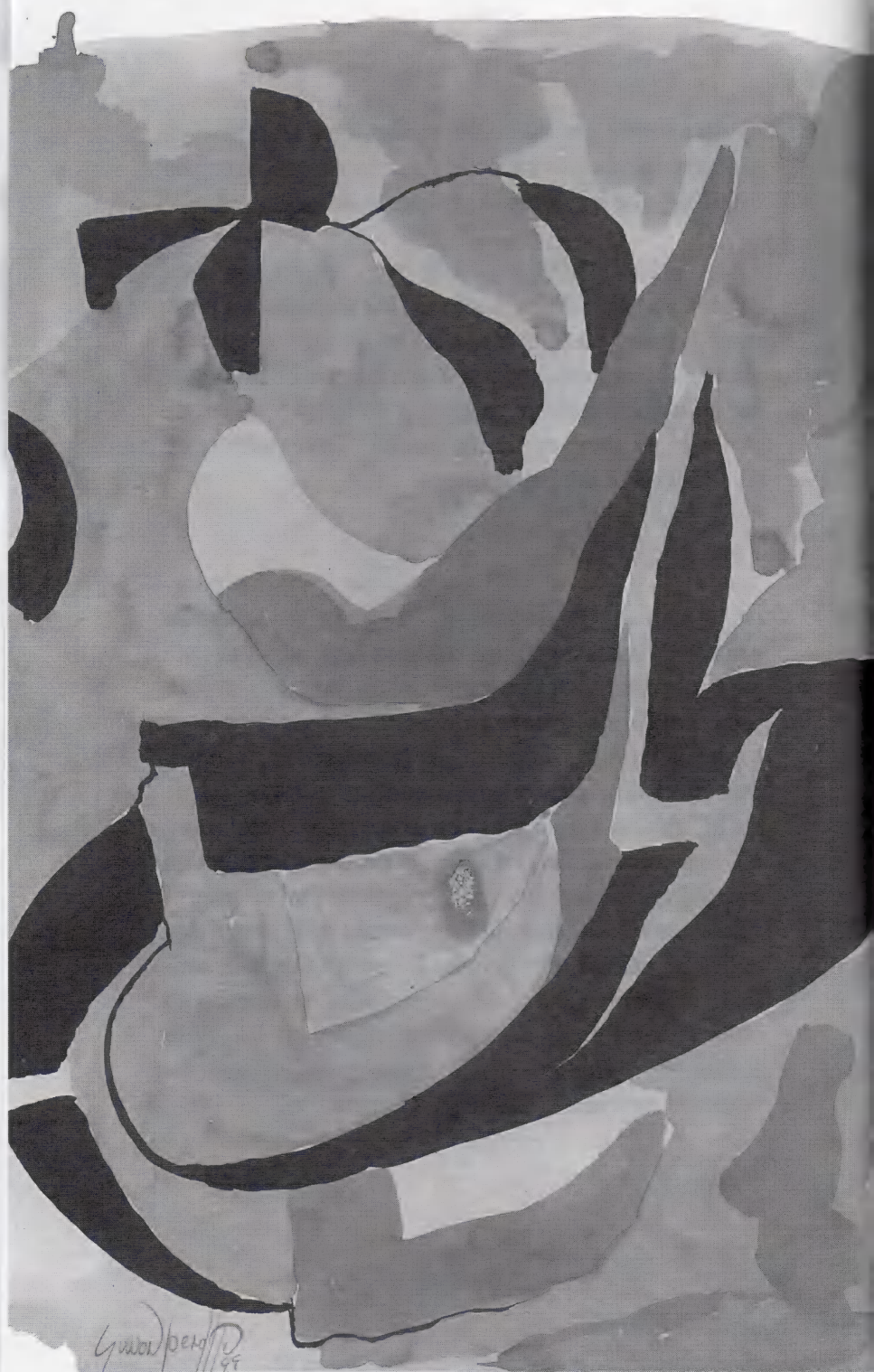
un día, la universidad para la que trabajo me otorgó una beca, y tuve que salir al extranjero, a especializarme; cinco largos años de ausencia son una tregua a todo, incluido el vacío que martilla al fondo de los pulsos desacelerados; cuando regresé, con mi flamante título conmigo, lo primero que hice fue inscribirme en un gimnasio, desarreglar la oscuridad, habilitar al cuerpo el rincón en penumbra en el que se hallaba, en el que mordía, con más fuerza que antes, un silencio de pobreza y hastío;

sí, usted estaba instalada en la rutina de un montón de papeles de exámenes, cuando toqué el timbre (la clave de estos revoltosos espíritus es la improvisación, la osadía, o la indiferencia); al verme allí, de nuevo, ante sus ojos, no supo cómo reaccionar; volcanes golpeando con una fuerza incontenible frente a la sorpresa de encontrarnos de nuevo; acceder a mi abrazo, a mis risas, a mis lágrimas que van cayendo, desplomándose como en grandes pedazos de este mundo; un poco atormentada por el cuerpo cuando la beso, cuando le cuento lo de Mar, la cicatriz de una navaja en mi cuello, la pena de decirle que él me obligaba a lo peor, que estaba loco, que lo atraparon traficando con droga, una noche, y mató un policía, y yo lo vi todo, tuve que huir, irme sin decir nada, pieza clave en aquel

ajedrez, entre un boleto de avión y mi madre; y yo te miro, me quedo absorta, fría; no sé qué hacer en este juego de obstinación culpable de belleza;

PERO ME MUERO por recobrarte, aun decepcionada, adolescencia de los miembros enfermos; o estoy en el exterior de mi sangre tocando el vacío de tu rostro; lo que es arriba mujer, muñeca, ser andrógino que me callejea a lo largo y ancho de la noche, y abajo es pánico, pasillo, llave maestra de mi ser donde aparezco hueca, abatida...

"Detrás de duras puertas, enemiga de la muerte: -¿Quién grita, quién grita?- Tú mataste en un soplo la belleza, la heriste para siempre y desgarraste sin un lamento por su loca sombra...Belleza, desecha soledad, ya no bastabas. Hiciste un gesto en la oscuridad, tu nombre en el aire escribiste o aquel no a todo lo que bulle.... Ya no me esperas con el corazón vil del reloj. No importa si abres o si fijas la desolación; quedan horas áridas, erizadas, con golpes de hojas imprevisitas en los vidrios de la ventana, alta sobre dos calles de nubes. Me quedan la lentitud de una sonrisa, el cielo oscuro de un vestido, el terciopelo color herrumbre atado a sus cabellos y suelto sobre el hombro y aquel tu rostro hundido en un agua levemente movida." (Salvatore Quasimodo).



SEGUNDO PREMIO:

AMAPOLAS PISADAS

Seudónimo: Constantine Duboix

Autor: Carlos Sosa

un volante que regaron una noche en el pueblo

por el esclarecimiento de la muerte de dalvin perez
para que suelten los compañeros del movimiento
que siguen en prisión injustamente por el alto costo
de la vida para que cesen los apagones y trasladen al
coronel lora maza para que extiendan las redes del
agua potable basta el corralillo de las amapolas y a
todos los barrios por el respeto a la dignidad
humana no daremos brazo a torcer huelga general
los días trece catorce y quince desde las seis de la
mañana el pueblo unido jamás será vencido firma el
movimiento por la paz del pueblo mpp

y tú dijiste que ojalá me muriera, que yo no hacía
nada vivo, que preferías guardarme luto y respirar
tranquila antes que seguir sufriendo las cosas que yo

te hacía que cuando yo me metía en la huelga tu casi te morías por los sinsabores y el miedo cada vez que sonaba un tiro o un bombazo y porque te dejaba sola con braulito sin leche ni pampers y salía a romperle los cristales a los camiones de renato y que le apeábamos a pedradas el letrero grande de bermúdez al almacén de turín manzueta porque siempre mandaba al guachimán a que nos alejara a tiros y tu me decías que tenías miedo porque turín dijo que me iba a romper el culo y yo te explicaba que una cosa es decir y otra es hacer y tú volvías a decirme gritando que te largarías porque la gente te decía que yo era un tíguere y yo te decía con pique que tú me conociste así y que así me ibas a seguir teniendo y yo me callaba para pedirte perdón con el silencio te acordaba mientras me bañaba afuera con dos galones de agua de la barrica mientras tú me esperabas de pie con la toalla en el hombro que cuando yo me tiraba el armario y te invitaba al delicatessen algunos sábados ahí si tu me querías acuérdate que tu invitabas a yiyi y a purita y yo nunca te dije que no por eso les dijiste un sábado estaba lloviendo me acuerdo yo les dijiste que te atrevías a casarte conmigo y eso fue un mandado para la correveidile de yiyi que todo me lo contaba entonces te mudé para casa de mi abuela pero ahora las cosas han cambiado ahora tu me estás deseando que ojalá me muera después también cuando yo llegaba a la una de la mañana con las manos hediondas a pólvora y un saco lleno de comida ahí si tu me querías para sacar las sopas de sobre que

siempre aparecían y salir corriendo para la cocina y luego entre eructos y risas mirarnos por entre el humo de la sopa para que yo siguiera contándote los cuentos que le habíamos roto un ojo al teniente nuevo que privaba en macho que se paseaba por barrio lindo pegado de la puerta como arnold swazernegger con la cara pintada de un aceite raro que nos hacía reír a todos y nos pasaban cerquita y colocaba unos morenos con fusiles en cada esquina para cercarnos y luisana venía y nos decía dónde estaban y cuántos habían llegado en el camión de las seis y treinta y luisana se quedaba con nosotros contándonos lo que la gente decía de la huelga y trayéndonos el periódico y las fundas de tortas que sandinito le decía ajogaperro luisana siempre luisana tu nunca la soportaste acuérdate yo lo sé y ahí estaba ella en el escondite del billar peinándome la cejas para que yo me recostara en sus piernas y estuviera bien antes de que dieran las diez y sandinito nos indicara la ruta por comando y yo me quitaba a luisana del lado por lo celosa que tú eras y lo chismoso que es tu primo ahí me estaba mirando con la risita por los dientes por eso no le hice caso a luisana para evitar y porque teníamos que encapucharnos esa noche decía sandinito que se cuidaran el pellejo que había órdenes de que se lambieran a uno de nosotros por eso le quité las dos bombas secas de alto poder que lanzaríamos a una esquina del cuartel se las quité a tu primo porque sandinito me dijo que la operación de esta noche era pesada yo dirigiría la de abigarrar el puente con dos bollos

de alambre de púas con diecisiete muchachos de los más fuertes sandinito intentaría meter una bomba en el mismo cuartel y tu primo con cinco más se quedarían en el escondite porque tenía tres marcas lo que quiere decir que se ha equivocado tres veces por tu primo fue que mataron a dalvin la huelga pasada sandinito lo va a arreglar porque él no tenía que flojarle nada a la policía cuando lo agarraron qué ombe hay que soportar como macho y como hombre y él que va desde que le abimbonaron el primer majaguaso le dijo que dalvin venía de la laguna el vienes a ayudarnos y a traernos las chilenas y los chagones del movimiento no te acuerdas que lo mataron como a un pollito desarmado y fuera de combate si hubiera sido peleando si te digo yo a dalvin no lo matan ese día te lo aseguro yo si no hubiera sido por tu primo si él no habla no le hacen nada lo sueltan por la carita de infeliz que tiene pero se metió en miedo y habló de más el jefe del movimiento no el de aquí el grande nos dijo en el último encuentro que teníamos que aprovechar la más mínima cosa para hacernos sentir porque el gobierno cuando no se presiona con movimientos hace lo que se le venga en gana y nos dijo algo que yo no acabo de entender me pasa como cuando yo le digo a braulito el mío que papá da pao pao se me ríe con los dientesitos reciensalidos y va y se esconde en la falda de la mamá nos dijo que si es preciso dejar la cabeza por nuestros ideales, es preciosa la sangre derramada. Dalvin durmió en el taller de soro el jueves anterior con el nono porque

soro estaba para la capital en una reunión con la dirigencia ese día para traernos las instrucciones y dalvin no sabía que la cosa estaba calentándose de madrugada en los farallones y en mata hambre y se levantó ese día como a la seis a orinar en el patio y me contó la lupe porque yo no lo vi que el teniente lo estaba velando y que no le dio tiempo a terminar de orinar porque el teniente salió con dos policía uno que le dicen de luna el otro yo no lo conocí y que salieron fusiles en manos de entre un platanal sin deshojar y que le tiraron más de diez veces y que cuando el volvió para el taller chocó con la puerta y el tal de luna le tiró de cerquitita en el hombro izquierdo y le explotó todo ese lado lo de más quién no lo sabe en la televisión todo el mundo lo ha visto dizque que dalvin lo enfrentó con una metralleta y ellos tuvieron que defenderse no porque me convenga pero yo le creo a la lupe como todo el pueblo ya lo de dalvin pasó okey pero nadie me venga a decir que eso estuvo bien hecho lo que más me duele es que tú sabiendo que yo te quiero te largas con todo y braulito quién sabe a dónde te enfurecías porque querías que yo estuviera metido en la casa y yo no podía porque soy hombre aveces salía al billar a matar el tiempo y otras iba al bodegón del veterano allí se reúnen los que hablan de política reflexionan opinan consideran y reconsideran ahí se juntan los profesionales jóvenes que algún día fueron cabezas calientes y yo les creo porque se saben las tácticas y las estrategias de la lucha me gusta oírlos creyéndose que se saben el

mundo no sabiendo que nosotros tenemos nuestros secretos y saltan de samper a zedillo de clinton a fidel y se comen la política neoliberal y yo me callo qué voy yo a saber de los zapatistas que no sea que el comandante marcos me cae bien y no porque sólo llegué al segundo del bachillerato es que lo único que yo sé es que la opresión es opresión y la miseria es miseria y que si tú tienes un poquitín de conciencia tu te revelas como puedas y luchas como puedas y es un derecho del hombre protestar porque el hambre no cambia de dueño así por así como dice alberto cortez es por eso que el mismo veterano me pregunta que por qué me meto en esa embromianda de la huelga y yo no sé qué decirle porque el veterano que fue guardia me hace la pregunta con zurrrapa y yo le contesto después que le miro la cara de sabihondo cicatrizada por un perdigonazo de caería entre comillas dice él y le digo lo que nos decía un compañero dirigente en el último encuentro después de la muerte de dalvin se lucha o se callan las injusticias y me dice el profesor tulio que yo lo respeto bastante me pregunta que si el compañero dirigente se mete a la huelga a quemar gomas a cerrar negocios y a hacer barricadas que si sale de los congresos populares con nosotros a flojar las bombitas tres veintiséis y las caseras con explosivos gravitados a una esquina del cuartel arriesgando el pellejo y yo me río y todos se ríen conmigo porque yo me río pero yo me callo porque no me van a entender y pienso que si me quedo en el liceo yo que no era muy bueno para la geometría

y el francés nunca nadie se hubiera aprendido mi nombre como ahora porque en asuntos de estudio sólo salen con fama los que caen en gracia o no hacen más nada que pendejear con los libros el año entero por eso no le contesto al profesor tulio porque mañana seré otro tan buen dirigente como el compañero de la capital a mí también me tocará trazar estrategias y saldré por la televisión movilizand o las masas y el presidente tendrá que dialogar conmigo para buscarle soluciones a los problemas pero que ahora hay que romperle el páncreas a todo el que no entienda la causa y quiera interferir en ella y el profesor tulio aprovecha mi silencio ahora que como maní tostado para aconsejarme que no sea tonto que me van a matar como a dalvin y que posiblemente me entierren como héroe de un día que a los nueve días ya nadie me recordará y que ni al grupo estudiantil le van a poner mi nombre porque no es sonoro y yo casi le oigo y me llevo de él si no hubiera sido porque ya me hace falta juntarme con el grupo de muchachos en la finca del brisal listos para cerrar el pueblo por las cuatro esquinas para que los comerciantes nos manden a buscar y nos den comida y dinero en efectivo y nos tengan miedo todos de cobardes nos saludan con distinción sin más preocupación que sus negocios de arriba nos dicen que cojan lo que nos den que eso es el soporte de la lucha

hace unas horas que estoy recordando estas diabluras desde que me sacaron de la sala de ortopedia

al guardia que me custodia parece que le ha dado lástima conmigo y me dio su chocolate frío mientras yo sigo pensando en braulito en mamá y sobretodo en ti aunque te hayas ido porque quizás no sepas que igual que dalvin ya no voy a poder caminar más mientras desde la ventana del segundo piso no hago más que mirar los autos en el parqueo pisando las amapolas...



TERCER PREMIO:

LOS FETICHES

(OLEO Y CANNABIS

8 1/2 x 11)

Seudónimo: VGR-100

Autor: Pastor de Moya

ahora solo nos queda jugar a los naipes contemplando al Gordo ahí sentado en esa silla, con su ojo izquierdo hundido y seco. ya este compañero de mis noches no es el Gordo; aquel nombre de bola que evocábamos en la adolescencia convertido en una O infinita y grande, la cual llenaba toda mi boca, ahora el Gordo es el tuerto de la esquina, siempre mirando hacia ninguna parte quizás buscando una cuarta pared, con esa mirada que, a veces, poseen los sordos no es más que otra suerte que acompaña mi destino y mi urdimbre.

la fascinación por los huecos y troneras nos viene desde el mismo momento de nacer (¡oh inmenso hoyo, el más oscuro y líquido de todos los hoyos!). el mero hecho de pensar estar traspasando un orificio, acaso de mirar cualquier ventana, de acariciar fijamente las delicias de un cuerpo, me hace llenar la boca de agua y es cuando, en seguida, comienzan a chorrear babitas por los labios hasta empaparme la camisa.

el Gordo y yo éramos dos traviesos inseparables. dos puros truculentos escolares, acaso dos fetiches mariposas del azar. todo comenzó cuando le robamos las muñecas a nuestras hermanas. jugábamos a masturbarlas untándoles leche condensada que luego lamíamos como si fuéramos dos becerros gemelos y hambrientos. después nos dedicamos a manosear y oler los pantis que las mujeres colgaban en los cuartos de baño. así nos pasábamos los días, entrábamos a las casas vecinas con el pretexto de buscar algún amigo a sabiendas que no estaba. luego pedíamos permiso diciendo que nos estábamos orinando, cada uno por su lado. a veces, lo hacíamos hasta en nuestras propias casas. el Gordo iba a la mía y yo a la de él, preguntando cada uno por el otro y husmeábamos todas las prendas íntimas como si oliéramos alguna droga inhalante o cualquier sustancia volátil.

desde que cerrábamos la puerta del baño, como si fuera un rayo láser, comenzaba a producirse la erección. teníamos la capacidad de distinguir

cada una de las bragas. unas tenían un color amarillento más abajo, con manchas imborrables de secreciones derramadas, sobretodo, podíamos apreciarlas mejor si estas alguna vez fueron blancas (yo nunca llegué a explicar por qué estas mujeres usaban tantas bragas blancas si las de color rojo o negro son más eróticas y bonitas). otras tenían rotitos hechos como adrede. todo era un espectáculo y un tormento a la vez. las colgaban en el palo de la cortina que protegía la bañera, el cual daba la sensación de ser una instalación dadaísta. en la pared prendía un clavo de acero oxidado lleno de sostenes, algunos diluídos y destemplados por la levedad y el paso del tiempo y de los senos.

ya he dicho que podíamos distinguirlos e incluso hasta determinar a quiénes pertenecían. el gordo me contó que una vez estando en el baño de mi casa, cerró los ojos tratando de demostrarse a sí mismo la destreza y madurez de su ejercicio. este llegó sin equivocarse a donde estaba el panti de la sirvienta, una muchachita rosada, tostada por el sol y el frío, medio ingenua y algo pícara, que mami había traído de Constanza. el gordo me contaba, además, que agarró los pantis con los dientes, que asumió la postura de un perro y se puso en cuatro patas y que luego lo seleccionó entre todos por el olor a sazón y a jabón "azulito" que exhalaba la piel de "la mecánica" como solíamos llamarla. olor que nos era familiar, pues disfrutábamos de ella en esas tardes calientes en que mis padres se iban para la oficina a evacuar sentencias (yo no llegué a com-

prender nunca porqué mis padres tenían la obligación de cagar tantos papeles). entonces, nos sentíamos a nuestras anchas; encendíamos un cigarro de mariguana y escuchábamos canciones del grupo Police. a esa hora nuestra “mecánica” se dedicaba a lavar platos y, ahí mismo, encima de la meseta, hacíamos el amor, ella todavía con las manos enjabonadas y la llave del fregadero abierta. al terminar, el agua y la espuma se esparcían por el piso, que dentro de nuestro arretrato, nos parecía un chorro de babas que brotaba de las fauces de un toro sagrado y epiléptico.

los que en principio era un simple juego, iba tomando colores y matices más lúgubres, maníacos y oscuros como un cuadro de Goya. el día (y la luz del día), nos resultaba insoportable. dormíamos hasta muy entrada la tarde, por lo que mis padres comenzaron a preocuparse. la noche y su complicidad, nos producía una especie de alucinación lúdica. ya este juego era una pasión o una enfermedad progresiva y mortal como sucede con el amor o el alcohol.

una de esas noches (parecida a tantas otras), el Gordo y yo caminábamos sin rumbo fijo. no había energía eléctrica, solo un cielo arenado de estrellas. la noche estaba azul. pensábamos que nos iríamos en blanco que esa noche era fatal y que no íbamos a poder apaciguar nuestra agonía. totalmente desiertas y a oscuras, revisábamos los zafacones y fundas plásticas, llenas de basura, en busca

de algún objeto de mujer. juro que en ese momento nos hubiéramos conformado con cualquier cosa: un zapato, una toalla sanitaria ensangrentada, un lápiz labial, unos senos postizos, un arete o un pedazo de luna. nuestra búsqueda fue inútil. (¡ay, a veces la noche es tan inútil!). cuando nos disponíamos a marcharnos, del último zafacón, ya cansados, derrotados, vencidos... escuchamos unos gemidos acompañados de monosílabos y respiraciones entrecortadas, como las que producen los comedores de caña. ambos nos miramos tratando de descifrar aquel sonido al que ya estábamos acostumbrados. entre nosotros había una especie de anti-lenguaje en la reciprocidad.

nos apresuramos como quien busca la muerte. doblamos la esquina y escalamos sigilosamente por la pared. nuestras pisadas se escuchaban al unísono. caminábamos de tal manera que si alguien se percataba, cuando uno de los dos se detuviera en alguna brecha, el otro seguía el mismo ritmo. parecíamos dos reptiles de pasos breves. penetramos al caserío por unos callejones laberínticos hechos con piedras filosas. no pudimos quitarnos los zapatos como solíamos hacerlo. casi estábamos llegando a la habitación de donde provenían los gemidos. una especie de placer y acíbar estremecía nuestros pechos, nuestros corazones. de seguro, los amantes estaban arribando a lo comatoso del amor, a juzgar por el ascenso y repetición de los chillidos y las frases, cada vez más parcas. el Gordo se desesperó. no quería perderse de

ver aquellas sábanas mojadas o quizás alguna prenda tirada por el suelo. quería palparla (no importaba los cuerpos y el jadeo de los cuerpos). solamente soñaba con tener esos objetos entre las manos. se atrevió a mirar por una de las rendijas que las carcomas habían producido. pero la premura de su deseo bestial no dejó que notara la presencia de un puntiagudo clavo que atravesaba la madera. un fino hilillo de sangre, como salido de una jeringa, salpicó fatalmente la madrugada. luego, estalló un enorme grito que sonó ancho en las redondas vetas del alba, como el quejido de un animal mortalmente herido. esto paralizó a los amantes, ya satisfechos y derrotados, uno encima del otro.

a veces es así, la desgracia es dual. la miseria humana destruye y crea. múltiple y verdadera es esta historia. todo lo demás es deleznable y falso: el Gordo, Yo, el Sueño y las Barajas...



Giovanni Carrozza
99

CUARTO PREMIO:

EL ESPEJO

Seudónimo: Luna Llena

Autora: Yesmín Hadad

Marta y Lorenzo entraron al restaurante de prisa como si quisieran terminar rápidamente lo que todavía no habían comenzado: su cena de aniversario. Ese día cumplían 35 años de casados. Decidieron cenar solos esa noche. Sus aniversarios anteriores, los importantes, los que se celebraban, los habían compartido con amigos y familiares. Esta vez, sin embargo, iba a ser diferente.

Se sentaron sin hablarse, como siempre cuando estaban solos. Y como siempre, bajo estas circunstancias, se limitaron a observar a las demás personas; a escuchar las conversaciones de los que estaban cerca y a interpretar por los gestos aquellas de los que estaban más lejos. Era un hábito de rutina de los que, como ellos, compartían soledades y silencios.

Marta fue la primera en ver a Raquel. Luego la vio Lorenzo. Ambos se crisparon en sus asientos pero siguieron sin hablar, mudos cada uno en el horror del otro. Raquel estaba conversando con una amiga, no muy lejos de Lorenzo y de Marta. Y aunque en su inocencia no lo pareciera, era la causa única e indiscutible de la inquietud de él y de un súbito y lacerante dolor en el pecho de ella.

Lorenzo miraba a Marta y esta a Raquel. Ambos estaban demasiado tranquilos en su contemplación. Ninguno hablaba. Parecían muñecos de escape. Sin sentimientos, sin angustias.

Raquel no los había visto aún y con la misma naturalidad que mostraba en la conversación con la amiga, se levantó y se dirigió al baño. Marta la siguió con la mirada. Se enderezó aún más en su asiento y puso ambas manos en la mesa. Lorenzo comprendió el gesto de su esposa y le habló nerviosamente:

- "Por favor, no lo hagas, Marta, por favor."

Marta se levantó de la mesa sin mirarlo. Entró al baño y allí frente al espejo del lavamanos vio a Raquel y esta a ella y las dos al espejo. Se colocó al lado de Raquel y sin dejar de mirarla, abrió el grifo del agua. Hacía frío allí. Raquel retomó el acto de peinarse su hermoso pelo, su brillante pelo. El mismo que Marta imaginó entre los dedos de su marido y sintió deseos de arrancárselo. Raquel mira-

ba a través del espejo, directamente a los ojos de Marta quien, sin pensarlo de veces, explotó en palabras, haciendo de su boca una bestia en movimiento. Bestia herida de muerte que se retorció en reproches e insultos hasia la presa joven e indolente, joven y atrevida, joven y victoriosa. Continuó masticando angustias y escupiéndolas en la cara de la Raquel reflejada en el espejo. Sus palabras eran brutales y ardientes. Salían calientes y mortales de su monstruosa boca abierta por la urgencia del silencio. Salían y salían de aquel hueco infernal en el que se había convertido su boca... su boca, cráter de volcán, eruptando gases de fuego que hicieron caminos de niebla hacia el espejo.

Marta vio entonces cómo esos gases, esa niebla de horror y pesadilla se estrellada en la superficie fría y formaba una... ¿nube? frente a su propio rostro. Dejó de mirar a Raquel para ver verse a sí misma disolviéndose en una nada espectral. Miró con horror cómo su rostro se deformaba con increíble rapidez.

Estaba convirtiéndose en una indefinida imagen se sí misma. Sus ojos, su nariz, su boca.... todo revuelto, difuso. Se sintió paralizada e hipnotizada por esa que no era ella, no exactamente ella. Se quedó allí, muda y sin moverse, envuelta en la tibieza del tiempo detenido, sintiendo la magia de algo parecido a la eternidad. Algo rompió suavemente el hechizo. La mano de Raquel se acercó al espejo y con lentos movimientos le fue devolviendo

su verdadero rostro. De nuevo pudo verse completa en aquella superficie brillante que por instantes, se había convertido en reflejo de su odio, su dolor, su horror.

Raquel se aproximó a Marta y con algo que pareció ternura le dijo:

- "Hace frío aquí y esa agua está muy caliente".

Salió sin decir nada más. Marta no le había contestado. Se limitó a bajar la cabeza hacia el lavamanos. El grifo estaba abierto. El grifo del agua caliente estaba aún abierto. Cerró los ojos y entendió.

Cuando Raquel vio entrar a Marta en el baño se sintió increíblemente tranquila. No sabía que estaban en el mismo restaurante pero sí que eso podía pasar. No le tenía miedo a esa situación pero la habría evitado si hubiera sido posible. No dejaba de sentirse algo incómoda ante la presencia de alguien que sabía la odiaba demasiado. Pero no tenía miedo. La seguridad de no ser la causa del problema de Marta la había protegido siempre de los comentarios que se hacían por doquier. Nadie destruye el amor de nadie. Raquel solo había llenado el vacío de amor que sentía Lorenzo. Solo debía preocuparse porque él entendiera que tenía que decidirse ya. Esto no podía durar mucho más. No era bueno para nadie. Ni para los hijos de Lorenzo, ni para los padres de Raquel. Y por supuesto, ni para ellos tres. Así que

cuando vio a Marta entrar en el baño y colocarse a su lado frente al espejo, no sintió miedo. Talvez se peinaba demasiado rápido, con exagerada prisa por irse de allí, demostrando un nerviosismo que ella pensó no debía sentir.

Disminuyó los movimientos de su mano un poco, solo un poco. Miró al espejo y se encontró, con los ojos de Marta sobre ella. Se sobresaltó ligeramente, imperceptiblemente, pero lo suficiente para molestarla. No quería que la otra se sintiera en ventaja. Se obligó a tranquilizarse. Marta continuaba viéndola. Había abierto el grifo del agua caliente y lo había dejado así, abierto, sin hacer otro movimiento.

Raquel se preguntó por qué no se acababa de lavar las manos. Se podía quemar con aquella agua ardiente que ya comenzaba a formar un vapor denso y danzante desde el lavamanos hacia el espejo. Pensó que tal vez quería decirle algo y no se atrevía. Se quedó esperando que la otra dijera algo, hiciera algún movimiento. Se preparó para lo peor... pero Marta estaba inmóvil. La miraba a través del espejo. Ambas lo hacían. El vapor comenzó a posarse sobre el espejo. Una tenue niebla comenzó a cubrir el rostro de Marta. Un rostro confuso y pálido, quieto y silencioso como si no existiera de verdad. Raquel vio cómo la imagen de Marta iba desapareciendo poco a poco. Su cara se estaba convirtiendo en la de un fantasma... sin vida, intangible, sin expresión definida. Cuando ya no pudo distinguir casi nada del

rostro de Marta, se volvió hacia ella. Pero Marta no se movió. Siguió mirándola a través del espejo sin decir una palabra.

Raquel volvió, a mirar la imagen borrosa de Marta en el espejo. Sintió un escalofrío. No era miedo. Estaba segura de que no lo era. Miró a Marta directamente, a ella, no a la Marta-bruma del espejo. La miró detenidamente, sin miedo. Contempló su rostro viejo y se sorprendió. Marta no era tan vieja, eso lo sabía. Pero estaba observando a una mujer vieja, extrañamente vieja. Vio cómo de repente ella dejó de verla y ahora se miraba a sí misma, en la Marta-nada del espejo empañado.

Por primera vez Raquel sintió lástima de Marta. No le gustaba esa sensación. Ella sabía muy bien el peligro que ese sentimiento encerraba en su relación con Lorenzo. Trató, de liberarse ahora antes de que fuera tarde. Con prisa buscó en su cartera un pañuelo de papel. Marta no se había movido. Seguía allí, contemplándose sin verse. Raquel tomó el pañuelo y secó la parte del espejo frente a Marta. Vio sus ojos abiertos, muy abiertos, reflejados nuevamente en la superficie del espejo. Pensó que lo mejor era irse, salir de allí y dejarla con su locura de inmovilidad, de mudez, de asombro, de soledad.

Raquel cerró su cartera, se arregló un poco el pelo y dirigiéndose a Marta le habló del frío que hacía allí y del agua ardiente que todavía corría en el lavamanos. Salió no muy segura de si había

escuchado su advertencia. Hablaría luego con Lorenzo. Raquel no se sentía ser la causa del desamor de Lorenzo hacia Marta, pero podría convertirse en causa de su locura y eso no le gustaba. Era demasiado libre para atarse a la culpa.

Decidió despedirse de su amiga inventando alguna excusa rápida para salir del restaurante antes de que fuera tarde. Antes de que viera a Lorenzo y fuera entonces demasiado tarde.

Lorenzo observaba nerviosamente la puerta del baño. No había podido detener a su mujer. Habría querido gritar por ayuda o entrar y evitar la que creía sería una catástrofe. Pero se había quedado inmóvil. Se sintió inútil, incapaz de hacer algo por ellas, por él.

Se levantó de un salto cuando vio a Raquel salir del baño. Quiso acercársele pero no pudo moverse. Raquel no lo miró. La vio hablar con su amiga y luego irse del restaurante sin voltear ni una sola vez la mirada hacia él.

Marta salió del baño y Lorenzo la vio caminar lentamente hacia la mesa. Estaba pálida y sudorosa.

Lorenzo no esperó más. Había esperado demasiado.

- “¿Qué pasó?, Marta, ¿quieres decírmelo?

Ella lo miró despacio. Lentamente recorrió su rostro modelado por el miedo y no sintió nada.

- "Nada... no pasó nada."

Bajó la cabeza y susurró para sí misma: " Pasó todo... todo lo que tenía que pasar".

Y así sin decir nada más y sin sentir nada más, decidió regresar a su casa para tratar de recuperar, de algún modo, esa imagen suya que se había quedado atrapada en el espejo del baño de un restaurante.



Woodward 1949

QUINTO PREMIO:

LLOVIZNA DE
MUERTE Y VAPOR

Seudónimo: Remigio Púas

Autor: Roberto Adames

*“Dejad que los muertos
entierren a sus muertos.”*

J.C.

**/ Alguien lo vió pararse en un callejón
a orinar... y marcharse rápidamente /**

Irreconocible el cadáver, con hedor a unos cinco días de muerto, las moscas cruzando de un lado para otro; diríase que el autor de ese daño se trató de un indolente carnicero, de un endemoniado e impúdico masacrador, de mil años de asesinos juntos sobre un cuerpo. Difícil de identificar eran los miembros de aquellos rastros humanos que pasa-

ban por la calle, fue hallado sin vida a orillas del río: destartalados los sesos, el corazón hecho trizas, las extremidades laceradas, alguno que otro diente navegando entre los ensangrentados dedos de los pies, hediondo a pocilga y del resto ni hablar. Fue una terrible descuartización, todos al unísono acusaban al Russo Reix, solo él era capaz de realizar tan tajante acción: carnicero de profesión, matador por deporte y con una decena de expedientes por asesinatos de semejante trascendencia.

/ Dos brechadores lo vieron en la Guamita de Azua, haciendo el amor con tres prostitutas a la vez y una por una haciéndolas pedir cacao /

Tras los primeros comentarios se armó la tenaz persecución contra el Russo Reix, el pueblo armado con garrotes, jachos, machetes y piedras lo buscaban por viñas y sembrados, bares y burdeles, hoteles y moteles, caminos y carreteras, chozas y palacios, selvas y desiertos.

/ Un chofer lo vió en Palmarejo, un campito de Santiago Rodríguez, jugando dominó en el llamado Chiche y con una rubiota en las piernas /

La policía puso letreros, ofreció recompensas, repartió afiches entre pobladores, siervos y siervas. Vivo o muerto.

/ Lo vieron en Juana Méndez, amenazando con castrar a un mecánico haitiano si intentaba pasarse de listo /

Ya casi lo tenían, sería cuestión de suerte el atraparlo, en algún lugar los perros adiestrados de la policía encontrarían a ese asesino, al hombre de las mil caras, al insensible violador de menores, al multidelincuente, al Russo Reix. Lo poco que se conocía sobre la vida de ese asesino, se debía a los múltiples expedientes que de él se tenían archivados; apenas se sabía que tenía una hermana y que su mamá había muerto; de su padre no se sabía ni por el santo que reza.

/ Casi le rompe la boca con una melliza un mulo rusillo, mientras él se divertía quemándole la cola, pero se incomodó tanto el desgraciado, que le arrancó las bolas de raíz /

(El Padre Celestino, Párroco de las Matas de Santa Cruz)

– Mire, la verdad que el desgraciado ese, perdonándome Dios, casi nunca viene por aquí pero hace unas dos semanas que vino y me pidió que lo confesara, yo no pude negarme, usted sabe que para eso es que estamos, él comenzó a decirme con una voz cargada de terror que aumentando los sacrificios podría alcanzarse un mayor acercamiento con lo divino y que Dios estaba harto de que le sacrificaran tantos corderos, y sabe usted criatura de Dios lo último que me dijo ese hombre del yonisequé, que proclamara por todo el mundo que el reino del anticristo había llegado; lo reprendí en el nombre de Jesucristo y se rió a carcajadas en mi propia cara. Sabe Señor, yo creo que ya comenzó a cumplirse lo del Apocalipsis.

/ Un hombre lo vió en el Seybo, dándole galletas y patadas a una mujer porque lo amenazó con tirarle agua caliente /

La búsqueda se había intensificado tanto que ya era una obsesiva persecución, primero mil, después tres mil y por último diez mil pesos ofrecían a quien trajera la cabeza del Russo Reix. Los policías con sus perros buscándolo por un lado, el pueblo por otro. Unos por la recompensa; otros por venganza de familiares que anteriormente el Russo les segara las vidas y otros simplemente por lo de "dónde va Vicente / donde va la gente" pero todos tras la cabeza del Russo Reix.

(La Mary, hermana del Russo, único familiar.)

— Yo, yo no sé nada de ese desgraciado, perro bastardo, por mí y ojalá esté trillando en las llamadas de azufre del infierno ahora mismo, ese maldito sólo ha servido para hacer daño, desde que por culpa suya nos llevaron presas a mí y a mamá, dizque hasta que él apareciera, comenzaron las desgracias, primero mi mamá se enfermó y después se fue acabando hasta que, ay Dios padre todopoderoso, murió como una cigüita. A mí no me pregunten sobre ese, yo no sé nada ni me interesa.

Ni en valle ni en montaña, ni en aserraderos ni en íntimos rincones del universo hallaban a este hombre de tantos recorres; ningún aporte específico sobre el paradero del hombre de las mil caras, así lo apodó la policía porque se había escapado varias

veces de la cárcel disfrazándose de mujer, de conserje, incluso hasta de policía.

(Párroco, en la misa)

– Miren estos solitarios y pobres restos, despedazados, hechos pedazos por la diablesa de un miserable asesino; nadie ha venido tan siquiera a reconocerle; más sin embargo, puedo asegurar con toda certeza y sin temor a equivocarme que Dios le tiene su morada preparada en el paraíso, al lado del Padre Abraham y de los Angeles Celestes. En otro orden, queridos hermanos, usando la autoridad que me es designada por Dios aquí en la tierra, al autor de este desastre, al diabólico Russo Reix, yo, Celestino Peralta, Párroco de las Matas de Santa Cruz y tierra de nacimiento del mencionado asesino, lo condeno al infierno ardiente, lo excomulgo y lo excomulgo de esta religión madre de todas las religiones y que en cualquier lugar que se encuentre escondido sienta el calor represivo del Espíritu Santo; porque de una cosa si estoy seguro: Dios no lo perdonará; yo, tampoco.

/ Alguien lo vió en un casino en Guayguí tomando maraquita y apostando al nueve en la ruleta /

Se informó que hace unos cinco días el watchimán Martín Ramírez estaba dando de comer a su perro doberman mientras se encontraba haciendo guardia en la finca del antiguo Director del Centro de Humanidades, el ex-general Samuel Capellán y allí descubrió al Russo tratando de robar

unos alambres de púas, lo reconoció de inmediato y lo persiguió tenazmente hasta llegar al río, pero allí, el astuto Russo, conociendo el lugar más que el vigilante, se le desapareció como por arte de magia tanto a él como a su perro. Eso informó el guardián.

Cada hojarasca podía ser una pista, como sabuesos perseguían cada huella marcada en el camino. El pueblo seguía buscándolo hasta por los más íntimos rincones de la tierra.

- "Russo, pobre de ti donde te encontremos" "A ese no lo salva ni el médico chino" "Te jodiste" "Chuin-chua-zua"...

Antes de que el padre Celestino Peralta terminara la misa de despedida final, ya el hedor del cadáver comenzaba a traspasar la madera y a rechinar en las narices de todos los preserrtes, quienes a su vez no sumaban más de siete: cinco curiosos, el sacerdote y "la mujer que llora", contratada por el mismo sacerdote, y en cada palabra que pronunciaba el párroco se percibía una angustia drástica; sin dejar de observar a un par de curiosos hacer guardia junto al féretro color marrón donado por el ayuntamiento, movía los labios profiriendo una especie de rezo o de bendición especial y arrojaba como último aliento cósmico, un chorrito de agua bendita sobre los destartalados y hediondos restos del peligroso Russo Reix...

II.

MENCIONES

PRIMERA MENCIÓN:

EL PAGO

Seudónimo: El Peregrino

Autor: Félix Jerónimo

Los toques se oyeron nuevamente. Todavía con el primer sobresalto, el hombre que estaba dentro se terminó de abotonar el pantalón de prisa. “¡Ya voy!”, volvió a decir, asegurándose de que esta vez lo oyeran. Salió a la pieza anterior y, todavía detrás del mostrador, preguntó: “¿Quién toca?”.

– Soy yo - respondió el hombre que estaba afuera.

El que estaba dentro reconoció la voz. El sudor se le enfrió y el corazón le comenzó a latir aceleradamente. Por suerte, pensó, no estaba temblando. En el primer instante no supo qué hacer. Recordó que el puñal lo tenía debajo del mostrador, pero no le pareció suficiente para defenderse contra cualquier ataque.

– ¿Quién es yo? - preguntó para disimular.

– Matías - contestó el otro.

– Ya voy, volvió a decir el primero dándose tiempo para pensar. Volvió a la otra pieza y rebuscó el revólver en un cajón, del lado que creía que lo había dejado, pero no lo halló. Decepcionado por su propio estupor, su mirada se encontró con el bulto que se dibujaba en la cama: no le pareció que fuera una mujer la que estaba debajo de la sábana. Se desesperó. Volvió a salir a la pieza delantera. Para ser más rápido, se voló el mostrador. Brechó por una rendija de la puerta, tratando de descubrir si el otro hombre venía armado. Pero apenas lo creyó vestido de caqui o de gris. Decidió resignarse y abrir.

El visitante oyó que forzaban la tranca de la puerta. Un momento después esta se entreabrió.

– Pasa, invitó una voz desde la penumbra, mientras la puerta se acababa de abrir, girando pausadamente sobre sus goznes. Cuando los ojos de Matías se terminaron de acostumbrar a la variación de luz, notó que el pulpero ya estaba del otro lado del mostrador. La estrechez de la pulpería lo incomodó porque la relacionó con la masa de aire caliente que parecía haberse estacionado en el cuarto.

– Siéntate.

Matías permaneció de pie. Se acercó al

mostrador y le tendió la mano a su interlocutor.

– ¿Cómo se siente, Don Antonio?

Don Antonio extendió su mano, cauteloso, tratando de parecer amable.

– Aquí, regularcito. ¡Qué calor!, ¿no?

Matías asintió. Los dos hombre se miraron por un momento. Don Antonio trataba de anticiparse a los movimientos de Matías.

– Mi mujer habló conmigo.

Don Antonio palideció. La voz del visitante le pareció áspera. Pensó en el puñal. Tratando de ojear furtivamente por debajo del mostrador, se descubrió los pies: se le había olvidado ponerse las chancletas. Matías sabía lo que tenía que decir, pero no sabía cómo adornarlo para que Don Antonio no se ofendiera. Sin embargo, ahora que el pulpero, levantando la vista nuevamente, se le había quedado mirando, en silencio, como esperando, decidió terminar sus palabras.

– Mire, yo soy hombre de poco hablar. Usted sabe que en este pueblo me conoce todo el mundo, y hasta más allá.

El comerciante seguía esperando.

– Lo que le quiero decir -prosiguió Matías- es

que... está bien: reconozco que he quedado mal porque no le he pagado sus chelitos... Pero usted no debió ir a mi casa buscándome con policías...

Espérate, Matías. Seguramente tu mujer no te supo explicar bien. Yo fui con una pareja de policías, sí, pero no con la intención que quizás tú piensas.

Matías se divirtió sutilmente por lo que el otro acababa de decir.

— Yo hasta estaba pensando mandarte a buscar para que habláramos. Es para decirte que me pagues cuando puedas, no hay prisa. Tú sabes que no hay mente en eso: tú y yo somos amigos, ¿o no?

Don Antonio descubrió, con satisfacción, que se estaba relajando. Al mismo tiempo Matías experimentó una ligera sensación de hombre ofendido. Pensó comunicarle a Don Antonio sus nuevos planes para conseguir empleo: iría a los Bomberos tras una promesa de nombramiento; se iría a las zonas francas de Baní... Sin embargo, decidió callarse, e inconscientemente dejó escapar un gesto que a Don Antonio le pareció de asentimiento. “Jaque mate”, pensó el pulpero.

— Yo sé que usted es un caballero, Don Antonio esta vez Matías tenía control sobre lo que estaba diciendo-. Le agradezco que me aguante unos días más. Pero le voy a pagar pronto, se lo juro por mis

hijos. Es más, ya tengo casi segura una chiripa por ahí...

– No te preocupes -interrumpió el pulpero, que de pronto se comenzó a fastidiar por el diálogo -. Cuando sea.

Buscó en los escaparates la lanilla de limpiar el polvo de las botellas y se la pasó por la cara y por el cuello.

Matías no estaba convencido del todo, pero entendió que la conversación había llegado a su fin.

– Bueno, pues muchas gracias, Don Antonio. Ahora déjeme llegar allí a los Bomberos . Nos veremos después.

Está bien, nos vemos- Don Antonio sonrió-. Ve con Dios.

Después de pasarle trabajosamente la tranca a la puerta, Don Antonio retornó a la pieza trasera. Advirtió que la mujer había apagado el bombillo. Sin encenderlo, se abajó a tuestas delante de la cama para rastrear las chancletas con las manos. Había entendido que la mujer tal vez no lo quería mirar a la cara, y quiso respetar esa decisión. Desde algún rincón del cuarto, un abanico de mesa ventilaba aire caliente. Don Antonio comenzó a sudar otra vez.

– Ya se fue, dijo. Y agregó : -¡Mierda , qué

calor!. La mujer lo sintió rozando las chancletas contra el suelo, a cada paso que daba hacia donde debía estar el armario . Don Antonio sintió a la mujer sacándose los mocos y supuso que quizás había llorado. Después la sintió moverse en la cama tal vez para levantarse o halando la sábana para limpiarse la nariz.

– Ponte la ropa y vete.

La mujer no contestó. Lo sintió sacudiendo una camisa. Don Antonio se adelantó a creer que estaba enojada.

– Ya debe ser casi las dos pronosticó Don Antonio-. A esta hora no hay gente en las calles.

– Quisiera que me tragara la tierra - dijo la mujer, sin la menor intención de que el hombre la oyera.

– Es irónico - continuó don Antonio-, pero a veces a las dos de la tarde hay menos gente en las calles que a las dos de la mañana.

Don Antonio se movía, impaciente, de un lado a otro en la densa penumbra del cuarto, en busca de algo que la mujer no lograba adivinar.

– Me voy por la puerta de enfrente. Por donde entré, dijo la mujer como contestando a una oposición.

– Sin embargo en este pueblito abrimos las

pulperías a las dos de la tarde, por costumbre, y a las dos de la mañana están cerradas - argumentó Don Antonio, como concluyendo un diálogo mientras, hastiado de registrar, se disponía para continuar la jornada del día.

La mujer vio levantarse la pesada cortina que dividía las dos habitaciones y se apresuró a salir. Don Antonio la vio cuando le pasó por el lado y, todavía con la cortina levantada, la siguió con la mirada, hasta que la vio pararse delante del mostrador. Se sorprendió porque la pensaba desnuda todavía y además porque estaba fresca, excepto por los ojos, que los tenía enrojecidos. Parecía que el calor no la había afectado.

- Si sales por aquí, cualquiera puede pasar y verte.

- Cualquiera puede pasar y verme por dondequiera que me vaya. Cualquiera puede saberlo hasta por el olor.

- Es mentira, nadie lo sabrá - expresó el hombre, como si su afirmación anterior hubiera sido una broma.

- Abreme la puerta -ordenó ella, impaciente.

Lo vio rodear el mostrador, pasarle por delante y forcejear con la tranca de la puerta. La luz del sol lo cegó por un instante y no pudo verla cuando ella

agregó, ya cerca de la puerta: “Estas cosas siempre terminan sabiéndose”. El se le atravesó en la puerta para insistir: “Te dije que nadie lo sabrá”. Ella le agarró el brazo, para apartarlo, decidida a marcharse. El la asió por el antebrazo.

– Además - le advirtió -, todavía no has terminado de pagarme la deuda que tu marido tiene conmigo.

Ella le enterró una mirada dura.

– ¡Maldito!

El, sonriendo, la dejó ir. Para entonces ya podía distinguirla perfectamente. Antes de que ella se perdiera por la acera, se fijó por primera vez en su vestido. Era rojo, desmangado, de minifaldas, de esos que las mujeres usan para despertar el deseo de los hombres.

SEGUNDA MENCIÓN:

IMPEDIMENTOS DE ENTRADA

Seudónimo: Muhamed de Rundí

Autor: José López Campusano

Los cuerpos estaban ahí, tirados sobre el pavimento. El tampoco podía entrar al cuerpo suyo y apoyarse en las palmas de las manos para ponerse de pie y sacudirse como si nada hubiera pasado y volver a montarse en la motora. Acaso, algunas desconexiones de los nervios que van al cerebro le impedían la entrada a tomar posesión de mando. Esta vez nadie le impedía entrar a ningún lugar público o privado. Ahora se trataba de entrar en su cuerpo. Su cuerpo propio, donde se supone que nadie tiene más autoridad que él. Pero la aparatosa caída de la moto le había causado lesiones graves en la cabeza, delatadas por la sangre que manaba del casco protector. Y los de la ambulancia tardaban

77

Por algo le decían 'el come hombre'. Willie no era como él, que la vez aquella cuando le agarró el moñón a la profe y le prohibieron la entrada a la escuela se quedó tranquilo en casa por más de una semana. Es verdad que él no tenía el consentimiento de Miss. Nunes para manosearla, pero ella se había quedado quietecita frente al pizarrón. Y de no ser porque los chismositos esos del Julián y el Johnny que entraron al classroom a lo mejor ella no hubiera reportado el incidente a la oficina del Principal. Pero ya la sanción había pasado. Y él volvía de nuevo a la Franklyn K. Lane. Sin cortar la clase de la profe por nada del mundo. Para que el sábado llegara más pronto. Para que fueran las tres de la tarde y ella lo recibiera en su departamento, vestida con ligeras ropas sugerentes. Estaba seguro de que la profe no había sido insensible al sabio manejo de sus ágiles dedos. Desde las dos de la tarde ya rondaba el bloque del building. Un tipo tan impuntual. Y veinte minutos antes de la hora acordada ya le pedía autorización al portero para subir al sexto piso. No se sabe si se había quedado dormida o estaba metida en el baño, pero Miss. Nunes no levantaba el intercomunicador. Y el cara larga del portero no lo dejaría pasar sin la autorización de la señorita Núñez, así con ene mayúscula, ú acentuada, ene debajo de la lombricitita, e de extraviado y, z de zunzún. A las tres menos quince volvió a intentarlo. A las menos diez, se puso en malas con el portero y lo echaron del 85-50 de Forest Parkway. Tuvo que irse sin saber si el verdadero interés de la profe era ponerlo al día con sus lecciones de

gramática. Quedó tan decepcionado que no quiso pasar por el bloque a botar el golpe con los homeboys. Decidió dirigirse a su casa. Allí nadie le negaría la entrada. En ese entonces podía entrar a casa sin que la madre se lo impidiera. Todavía la doña no se había enterado de que él andaba metido en el negocio del perico para comprarse un Lexus último modelo y ofrecerle un ride a Mónica, la hangueadora esa, que no lo quería ni untado de chocolate. Y, en cambio, estaba saliendo con el pendejito S que apenas alcanzaba para andar en una bicicleta. Por eso era que le echaba corte a la cocaína. Para rendirla. Para comprarse, cuanto antes, una motora de las más pesá. Para que Mónica no tuviera que andar sobre el timón de la vaca rodante del hablita de mujer S. ¿Qué sería lo que le susurraba, ahora que la tenía por delante, con los brazos bordeándole la cintura, con los dedos entrelazados poquito más abajo del ombligo y los pulgares jugando con el aretico? ¿Qué le estaría diciendo a la degenerá de Mónica, ahora mismo, mientras él seguía ahí tirado, y los cojonuses de la ambulancia no aparecían, ni el comemierda de Willie enseñaba el pelo? Pero, coño, ¿es que aquí no hay hombre? Lo van a dejar desangrar. ¿Dónde estarán sus amigos? Los de a verdad. No los nuevos amigos del motorcycle's club. ¿Por qué no podía entrar en su propio cuerpo y encargarse de la situación a fuerza de sus propios cojones? ¿qué se lo impedía? A él que desde hace años era ya un pingú y de nada valía que le negaran la entrada a ningún lugar. ¿Acaso no volvió a entrar derecho por el Aeropuerto Kennedy

con su machete azul cuando los de la DEA lo deportaron por drogas. No entraba él a cualquier hora a la mansión del bichote colombiano, en Long Island, donde los tutuses tenían que anunciarse una semana antes. No le había dado un buche de perico al portero de Casa Quisqueya, el viernes pasado, que no lo querían dejar entrar en tenis a la fiesta de Raulín Rosendo y el Canario. No le había mandado un servicio de Don Periñón Moet Chandón a la mesa de los papás de Mónica y, el mismo hermano se la cedió para que bailaran la salsa "Sueño contigo" ¿Y por qué coño no podía entrar en su cuerpo, ahora mismo y levantarse sin atinar a sacudirse y romperle la cara a ese par de desfachataos que están lamiéndose frente a él, ahí tirado, desangrándose sobre la rodilla rota? ¿Por qué tuvo que pasarse mirándole el moñón a Mónica entre sus blancos pantaloncitos de lycra sobre el timón de la bicicleta del chamaco S, que venía en vía contraria? ¿Y yo, por qué no me fui para el Shea Stadium? Hoy que hay juego interliga, y Pedro Martínez lanza contra los Mets, y tuve que quedarme dando vueltas en la motora con el salao este que no piensa más que en salvarse él solo.

TERCERA MENCIÓN:

LA MESA

Seudónimo:

Tan alto como el árbol
cuyo fruto es el sol

Autor: José Acosta

Eran las nueve de la mañana y los pasillos del colegio Gregorio Luperón guardaban su silencio característico. Gabriel Méndez escuchaba con especial atención al profesor que en ese momento iniciaba la lección de la letra eme. Pero al escribir entre los ejemplos la palabra mesa, el niño Gabriel se levantó de improviso y gritó a todo pulmón:

– ¡Mesa!

Luego se echó a correr provocando un alboroto inusual a esa hora de la mañana. Salió disparado por la puerta del aula seguido por un ejército de niños que creyeron que se trataba de una especie de juego. El profesor, atónito y sorprendido, se quedó paralizado contemplando el reguero de cuadernos y

loncheras que en la estampida habían dejado atrás sus alumnos. El niño Gabriel logró burlar la vigilancia de la escalera hacia la torre y antes de lanzarse al vacío, miró a los niños abajo silenciados por el miedo, y luego volvió a gritar "¡MESA!" y se lanzó sobre ellos. Por obra de algún milagro salió ileso aunque algunos niños, al amortiguar su caída, resultaron con algunos rasguños y torceduras.

Capturado por su profesor, Gabriel Méndez fue llevado a la oficina del director. Al entrar dijo "Tres" y luego se sentó. El director mantuvo un porte grave y después de escuchar los pormenores de lo sucedido mandó llamar al encargado de orientación del plantel para que examinara al niño. A todas las preguntas del orientador el niño respondía con el número tres, creando una atmósfera de incertidumbre. Nunca habían tenido un caso similar en el colegio, por lo cual el orientador recomendó enviarlo a sus padres para que estos a su vez, lo pusieran en manos de un especialista.

Fue quizás en la etapa inicial de los recuerdos cuando el niño Gabriel Méndez escuchó por primera vez la palabra mesa, y lejos de serle indiferente, de dejarla resbalar por su memoria como todo el lenguaje restante, ella, la palabra, lo taladró tan hondo que ocupó espacios aún inexplorados dentro de su reciente mundo interior. Tal vez fue en un "Ven a la mesa" o "¡Bájate de la mesa, niño!" donde la escuchó. Ahora no había espacio dónde guarecer ningún recuerdo. Esta plaga silenciosa le fue devo-

rando palmo a palmo todo lo que había acumulado de intelecto. Al principio fue como un suave perfume derramado, un leve chirrido de un dedo resbalando sobre la luna de un espejo: me...sa, meee...saaa... Más tarde, cuando fue llenando el significado de la palabra con los diversos tipos, formas, materiales... de una mesa, comprendió que dentro de esa sola palabra rebullían espacios infinitos donde él caía irremediablemente.

Los padres de Gabriel, impotentes ante aquella extraña enfermedad que de repente les robaba la comunicación con su único hijo, decidieron tratarlo en el extranjero. Gracias al Dr. Lee, siquiatra y practicante secreto de la numerología, el niño fue integrándose lentamente al mundo exterior. El doctor Lee descubrió, en una de las consultas, que el niño relacionaba las mesas con los números. Desde el principio le resultaba extraña la manera en que Gabnel entraba al consultorio y mirando hacia todas direcciones decía "dos", y en una ocasión en que su secretaria había olvidado la bandeja del té sobre su escritorio, el niño Gabriel, de improviso, cambió la cifra por "tres", minutos después por "dos" cuando la secretaria retiró la bandeja. El doctor Lee reparó en que, en efecto, su oficina sólo tenía dos mesas: su escritorio y la que hacía juego con el sofá. En lo adelante inició unos ejercicios con el niño al descubrir que alguna brecha aún estaba abierta por donde el podría transportar todo ese mundo que por alguna razón él había olvidado afuera. Empezó numerando ordenadamente un sencillo vocabulario: el uno era el

color blanco; el dos, el negro; el tres, el azul... Y de esta manera , después de meses de esfuerzo, logró comunicarse con el niño. No obstante haber ganado una batalla, el doctor Lee le hizo saber a los padres que Gabriel necesitaba cuidados especiales durante toda su vida ya que la fina brecha descubierta, tarde o temprano podría cerrarse. Entonces, si esto ocurría, sería imposible conseguir una vía de acceso para comunicarse con él, "Sí, señores Méndez, su hijo quedaría como un vegetal". Por esta razón, los señores Méndez decidieron establecerse en los Estados Unidos.

A través de los años el progreso de Gabriel fue sorprendente. Terminó la High School y consiguió un modesto trabajo en una agencia de envío de valores en el Alto Manhattan. Todo apuntaba, a sus veinte y tres años, que sería un ser humano normal.

De naturaleza huraña, lacónico, excelente en cálculos matemáticos, Gabriel Méndez no solía tener amigos y sus escasas aptitudes sentimentales siempre las manifestaba a través de su madre quien hacía varios años se había retirado a su tierra natal, afectada por la inclemencia de los inviernos, y las alergias provocadas por el polen de las primaveras. Cuando su padre murió en un accidente automovilístico, Gabriel abrió el ataúd y sostuvo toda la noche su mano muerta sin que en su rostro apareciera ningún rastro de tristeza; todo lo contrario, quien lo miraba con detenimiento se llevaba la impresión de estar frente a un ser humano extraordi-

nanamente feliz, como si en vez de haber perdido a su padre, lo hubiese ganado, como si se alegrara de verlo fuera de este mundo.

Una mañana se preguntó algo a sí mismo, algo que le dejaba al descubierto la terrible soledad en que vivía. Fue una mañana de verano cuando, en el frente del negocio de envío de valores, una multitud le dio alcance a un pobre jovencito negro que llegó hasta allí dando traspiés. “¡Ladrón!, ¡Ladrón!”, gritaba la masa humana que lo golpeaba y sacudía con inclemencia hasta romperle la cabeza contra el pavimento. Entonces el joven Gabriel se preguntó por su destino: Sí, ¿cuál era el destino de Gabriel Méndez, si en su lenguaje fabricado por el doctor Lee, la palabra destino era el número 2144? ¿Acaso era su destino un número abrazado forzosamente a una palabra hasta depositarse suavemente, como una hoja seca, sin jugo, sobre el pozo de su memoria? ¿Por qué lo habían sacado de sí mismo a compartir con los otros este mundo que a ratos se ensombrecía?

Pero más allá de todo ese mundo que lo rodeaba hasta el asedio y que él engarzaba a través de los números, Gabriel Méndez, llevaba auestas todavía esa horrible obsesión por la mesa. Y no por el objeto limitado por la luz, sino por la palabra, por esa palabra que como un hoyo negro consumía calladamente y en secreto todos sus delirios de juventud, develando en su interior un misterioso placer.

La segunda aparición de esta polilla silenciosa

ocurrió una tarde, bajo el puente de la 174 Street, a la salida del tren D, cuando detuvo su auto a causa de un ruido en el motor, y de repente ahí estaba, imponente, suplicante, viva, escrita con todo el poder de su magia, con toda la fuerza de atracción de sus imanes: "M E S A". Era un graffiti en uno de los muros que sostenían el puente, un graffiti hermosamente limpio, inmaculado, de bordes bien definidos sin ningún quebrantamiento de tinta. Ya no podría vivir sin detener su auto bajo ese puente y durar horas contemplándolo. Algunas veces lo sorprendía el amanecer. Los días festivos los pasaba frente al graffiti y de vez en cuando salía del auto e iba y lo tocaba para sentirlo más cerca, más suyo.

En una ocasión tuvo que hacer un viaje para ver a su madre gravemente enferma. Antes, fue y fotografió el muro. Fueron siete días de angustias y desvelos. La palabra M E S A, captada en la foto, al paso de sus caricias se fue borrando hasta desaparecer completamente. Desesperado, tomó el avión de regreso. Al abordar el taxi en el aeropuerto de Nueva York, le ordenó al chofer que lo dejara bajo el puente de la 174 street, en el Bronx. No podía esperar más. Al llegar Gabriel sintió miles de hormigas invadiendo su cuerpo, las manos se le volvieron puños apretados como piedras. El chofer, por el espejo retrovisor, vio cómo se retorció y se mordía la lengua hasta sangrar. Pensó que se trataba de un ataque de epilepsia y trató de hacerlo reaccionar. La mirada de Gabriel estaba detenida sobre el muro. La mesa, su palabra mesa, había desaparecido: unos

trabajadores de la ciudad le daban el último toque de pintura al muro y era como si también, en alguna parte de su ser, esos mismos trabajadores estuvieran terminando de cerrar aquella antigua brecha, aquel pasadizo secreto que comunica al ser humano al mundo exterior.

CUARTA MENCIÓN:

LA GRILLA

Seudónimo: La Pitahaya

Autor: Silvia di Franco

Siempre te recordaré, Grilla, por aquel nombre con que te bautizamos por las travesuras que te caracterizaron siempre. Te echo de menos Grilla, ¿sabes por qué?, porque eras la niña que a pesar de tus problemas me transmitías fuerza, vitalidad y una alegría de vivir que a veces te envidio. No te enojés por esto. Quisiera paralizar el tiempo, para volver contigo a las andadas, pero no puedo, no tengo ese poder. El tiempo que vivimos como una línea recta nos lleva a veces al egoísmo y nos distancia.

Hoy, en particular, extraño tu presencia para experimentar el goce de tus fantasías.

Recuerdo cuando te conocí. Una tarde caliente y seca como hojas de grallumbo. El pueblo envuel-

to en un sopor pesado, cuyas calles cansadas corrías hasta llegar a la plaza central.

Te vi llegar desde el parque. Venías con tus pies duros y negros como todo tu cuerpo. Me sorprendiste desde ese primer momento Grilla. Con tu figura elástica y menuda, con tu mirar vivaz que me parecían irradiaban una esperanza lejana.

Subías como todas las tardes ¿lo recuerdas? A pesetear como tu lo llamabas en la jerga de tus compañeritos/as.

Así comenzó nuestra gran amistad de la cual no me arrepiento. Reconozco que contigo aprendí tantas cosas de la vida y no me avergüenza confesártelo. Me enseñaste, entre otras cosas, a ser sensible ante la vida.

Vivir es difícil -me dijiste-. Lo sé. Nunca olvidaré una tarde en la heladería. Me sorprendiste, no lo niego, rápidamente con la agilidad felina que te daba el hábito escupiste la cara de quien te negó un helado. Sé que lo anhelabas para saciar tu hambre de todo; luego, saliste corriendo ante la mirada atónita de la gente, desapareciendo ante la multitud. Yo te comprendía Grilla y te seguiré comprendiendo siempre.

La Grilla merodeaba todas las tardes cuando el trabajo estaba flojo, siempre al acecho de una oportunidad. Llegaba con su caja de limpiabotas al hom-

bro. Las trencitas tejidas envueltas en tiras de colores. Eran el marco de su carita redonda y pícara reflejo de su vagabundear.

Conocí tu "guarida", la que compartías con tu compañerita de trabajo. Restos de una residencia victoriana lamida por los años y el salitre..., pero a tus pies abierto como un abanico multicolor descansaba el mar, tal vez la única recompensa de paz a esa existencia golpeada por la negativa de la vida.

Aquel día que te visité por primera vez contabas con Nana tus centavos ganados en tus largas correrías. También recuerdo tu respuesta cuando te pregunté por tus ganancias.

– Nada coño, no pude ni entrar al cine. No me sorprendiste Grilla, te conocía muy bien. Nana estaba en tus mismas condiciones, apenas tres pesos tenía.

– Hoy ha sido un día flojo, me dijiste, mañana puede ser nuestro día de suerte.

Sé que tenías que buscártela Grilla, que despertarías un día cansada, cansada de tantas pobreza y temores. Sé, también, que encierras anhelos acariciados por la conciencia de tus doce años frustrados tal vez por una lejana esperanza.

El barco llega mañana -me anunciaste casi con alegría la tarde que te visité. Es cierto, llegaría car-

gado de turistas a visitar nuestro "subdesarrollo" y tu como tus compañeros deben aceptarlo todo a cambio de "dólares". Todavía me resuena en los oídos tu súplica alienante; míster "Dame money". Cuando le ofrecías una flor.

Ese día, la sirena era ensordecedora en el muelle. El barco anclado vomitaba su carga humana, en inconsciente frenesí, al ritmo sensual caribeño que esperaba abajo, alterando la monotonía de la cotidianeidad.

Tu estabas ahí Grilla, con Nana y tus otros amiguitos y amiguitas: Heriberto, Luisita, Toni, Juanita, etc. De repente comienza la tirada de pesetas desde la cubierta, como una serpiente que escupe su lluvia maldita y humillante, (cuántas veces les apresaron para que no siguieran pidiendo y nosotras pidiendo por ustedes a la policía), ¿lo recuerdas?

Los vi uno a uno tirarse al agua infestada de tiburones buscando las pesetas. El espectáculo escalofriante, insólito, no impedía que el dinero siguiera cayendo.

Los vi nadar, zambullirse, subir a la superficie buscando aire para hundirse de nuevo con la maestría de quien está habituado al hecho semana tras semana. Y cuántos ojos se pasearon indiferentes tal vez ante la aterradora escena de los "tigueritos" que se la buscan a como dé lugar.

Luego tu grito Grilla. Grito aterrador, lastimero, que sale de tu garganta casi en un arranque de locura.

— ¡Cuidado Nana!—

Te lanzaste con coraje, pero ya era tarde. Nana estaba atrapada en la hélice del barco que al girar comienza a desgarrarla. Sé que luchaste para arrancarla de aquel monstruo marino que le hiere un hombro. Y lo estabas logrando ya. Estabas a la expectativa de sacarla y estoy segura que lo hubieras hecho. Pero, maldición, la sangre comenzó a enturbiar el agua y al olor atrae un tiburón que de un tajo cercenó su cuerpecito.

Luchaste con ahínco para salvarla. Te creo Grilla. Aun tengo tu recuerdo como una muñeca de cera desteñida por los años, tirada en la arena cuajada de curiosos.

Hoy me duelen las injusticias de la vida y la ironía del destino. Paradójicamente tu monstruo aliado era el mismo devorador.

Te duele mucho. Lo imagino. Ella fue la compañerita de tus andanzas, juntas compartieron angustias, desengaños, dolor y también sueños de ilusiones y amor por la vida.

Te vi alejar ante la multitud atónita. Te fuiste dejando atrás tus ilusiones. La sociedad te ha jugado

una mala pasada y sé que seguirás luchando en un mundo hostil e injusto. Tu mundo cruel ha apagado esa pequeña lucecita que iluminaba tus ojitos negros. ¡Perdiste la esperanza Grilla! Veo cómo tu corazón se va llenando de rencor ante una sociedad pródiga con unos y tan parca con otros.

Algún día, tal vez, le cobrarás a la vida esa gran deuda.

QUINTA MENCIÓN:

DE ATARDECERES
Y OLVIDOS

Seudónimo: Anteo

Autor: Ricardo Nieves

El autobús llegó poco después de las seis.

El sol se tendía sobre el Río Higuamo como una mancha tenue, pegajosa.

Enmanuel fue el último en bajar. Se abrió paso en medio de un tumulto de pasajeros, vendedores, pordioseros y turistas. Bien vestido y sin equipaje salió caminando de la multitud. Era diciembre, el aire tenía un olor fresco y apacible. Caminó lentamente hasta llegar a la orilla del río. La margen oriental era una maraña de casuchas apiñadas, absurdas.

La tarde continuó cerrando los párpados al fir-

mamento. Enmanuel auscultaba con la vista las aguas ennegrecidas del afluente. El río simulaba una membrana gris, acezante, moribunda, escurriéndose en el mar... Del otro lado, en "Punta Pesquera", el sol se iba metiendo en la silueta erizada de la costa; la costa: desaliñada por el tiempo, el progreso, el hastío.

Enmanuel caminaba hacia el viejo muelle, cuando el sol se desgajaba detrás de los cocoteros sobrevivientes. Se detuvo un momento para ver mejor la contienda natural del atardecer: un témpano de luz roja, ensangrentaba tímidamente la planicie líquida del estero.

Sus finas manos tocaron el muro grisáceo, ceniciento. Era una mole raída y añeja, levantada un siglo atrás para flanquear la ribera del estuario. El muro terminaba en el edificio de aduanas y de este partían unas escalerillas que iniciaban la zona natural del puerto.

Como un extraño visitante, Enmanuel permaneció varios minutos escudriñando el lugar, extasiado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dónde estaba el eco de la muchachada correteando por el río...? Parecía escrutar con la mirada el tiempo, el río; cada rincón, viejo o remodelado. No dejaba de mirar el río que ya era una lámina sucia en la penumbra. Al frente quedaba un parquecito triangular que parte en dos la "Avenida del Poeta". Desde allí espoleó con la vista la fachada descolorida del

viejo motel de los chinos, "El Primero de la Ciudad", el tronco de un antiguo laurel abatido; más adelante: un antiquísimo caserón oval, tapizado de polvorientos ladrillos, testigo mudo y sello nostálgico de otros tiempos. De mejores tiempos, talvez...

Abandonó las escaleras y caminó hasta el muelle contiguo. Allí estaba el muelle de su adolescencia, ese trozo de hormigón y agua que llevaba dentro, el que no había expulsado ni en las más remotas circunstancias de su vida. Corrió con alborotada ansiedad. Pero una red metálica y un muro recién levantado le impidieron el paso. Flanqueó hacia el lado sur, ¡en vano! "No pase", rezaba un letrero. Y Enmanuel quedó como un niño desconsolado.

Ya el atardecer se tragaba los últimos penachos de luz, los dedos luminosos del día agonizante se clavaban en el crepúsculo. Anochecía y él permanecía levitando en aquel lugar que le parecía extraño...

Imposibilitado de entrar al muelle se quedó recostado de la verja metálica y un rasgo nocturno de amargura se dibujó en su rostro que ya era parte de la noche incipiente. Bajo la escasa luz de la luna y de faroles distantes del puerto, frente a un almacén derruido y mudo, Enmanuel permaneció callado, divagando: a lo lejos, una luz quebrada, amarillenta, flotante: "A lo mejor, una barca de pescadores, mar adentro"... Hurgaba cada rincón del muelle, los edi-

ficios vetustos; del otro lado, la costa: un viejo mástil semihundido, descarrozado, una boya flotando en su líquido abandono; mar adentro, el horizonte que cierra el otro lado del mundo... Recorría con su pensamiento la ribera casi borrada del río; reconstruía el manglar de sus años juveniles, que ya era una imagen fosilizada, borrosa. El litoral, un denso costurón, oscuro, desaliñado, sucio. ¡Cuántos días habían quedado atrás! ¡Cuántos años perdidos! En ese atardecer que se fue y esta noche atiborrada de recuerdos, de infancia, de olvido...

Enmanuel navegaba como un duende, extasiado en un nostálgico ejercicio de la memoria, flotando en medio de aquellos años que él infructuosamente perseguía. En un sueño exquisito, en una serena evocación de un pasado arrancado de su alma, de sus carnes... de sus sentidos.

A las 7:25 de la noche alguien lo sustrajo de aquel sueño fantasmal. Era una figura jadeante, encorvada, portando una luz tenue, intermitente.

Recostado de la verja Enmanuel esperó sin moverse.

— ¿Se le ha perdido algo, Señor? interrogó el recién llegado en un tono seco.

— ¿Algo? No señor Guardián, aquí se quedaron los mejores años de mi vida...

El vigilante que permanecía con la linterna encendida le comprendió y alargó el diálogo:

– ¡Ah!, ¿cuánto tiempo hace que se fue de aquí?

– ¡Quién sabe!, pero no hace tanto yo visitaba todas las tardes este lugar; conocía cada rincón del muelle, cada espacio de los edificios...

Frente al guardián, empujado por una fuerza solitaria, amena, Enmanuel comenzó a desnudar su pasado:

"Yo crecí por estos lugares, jugaba pelota en el parquecito Mauricio Báez; allí vi los batazos descomunales de Macabí, las atrapadas increíbles de Nicolás, debajo de los laureles y los almendros. Anzuelando en los huecos dilatados del muelle, entre chapuzones y carreras de los guardianes..."

El celador apagó el foquito y se acercó más confiado a Enmanuel quien hablaba sin detenerse:

"Desde la aduana hasta la fábrica de abonos, merodeando cada centímetro, hasta el anochecer... me deleitaba ver los cargadores morenos, musculosos, templados; las grúas de los barcos elevándose..."

Embutido en su capa descolorida y añeja el vigilante mostró agrado; escuchaba con respeto:

"Desde allí zarpaban los barcos azucareros, desde acá los remolcadores. Yo recorrí pulgada a pulgada cada edificio polvoriento; escarbaba las húmedas cuevas detrás de los cangrejos, junto a Felipe, José, Nicolás, Santos, Chago... y mire usted, ¡mire esto!

Cada frase de Enmanuel era un intento por recomponer el tiempo, recrear los peldaños de aquella escalera que se borró entre nubarrones de polvo y un olvido de piedra inerte. El mismo olvido que se tragó las tardes de pescadores adolescentes y alegres, el bramido ronco de los barcos en el atracadero, las huellas enterradas de los rieles hasta el muelle, el ronquido metálico que despertaba las madrugadas entre anclas, sogas, voces y motores en el agua. Y aquel río de entonces, cimbreante de chinchorros, "manchas" y bronceados remeros... el río que ahora se deslizaba moribundo hasta el mar de siempre.

Ese olvido obstinado paseándose por la empedrada callecita del puerto, mirando desde ella los tatuados marineros en el estribor escarpado de los buques extranjeros, los mástiles gigantes, el perfil triangular de las proas imponentes, las banderas de los barcos en el viento, por encima de las barandas y el ventanal de los camarotes. Esa callejuela oblonga que absorbía tardes enteras en discusiones iniciadas por José Ravelo para determinar "...el mejor entre Conton, Samuel, Frías, Griffin o Ramírez..."

Allí estaba el olvido, atrapado en la dura piel del ríspido cemento.

¿Qué es lo que el tiempo no borra y el olvido no entierra? ¿Qué es lo que sus garras invisibles no arrancan de nuestras almas?...

El guardián y el visitante permanecieron entrelazados por un cordón de tiempo que no era más que el momentáneo recuerdo.

– Sabe, Señor Guardián, quise llegar en autobús, esta vez; caminar solo por estos lugares de mis tiempos, mañana debo partir y no sé cuando regrese...

Como escondiendo el rostro, el guardián se volteó para despedirse y ya de espaldas suplicó:

– Debe irse señor; ya no es lo mismo... Es peligroso andar a estas horas por el puerto.

Los ojos de Enmanuel se nublaron como dos espejos húmedos, cenagosos; observó detenidamente al vigilante cuando se alejaba y recogió su furgón de pesares y nostalgias. Rumbo a la ciudad atravesó la callecita de "La Melaza" y la de los rieles.

Ya de regreso, Enmanuel comprobó en su memoria que después de veinte años solamente dos cosas permanecían inalterables en escena: la misma

vieja capa del vigilante y aquel atardecer, el que a pesar del olvido, todavía porfiaba con la alfombra del río moribundo y la silueta desaliñada de los cocoteros sobrevivientes...

III.

ANEXOS

AL CONCLUIR

Otra vez se me ha pedido que escriba unas palabras para la edición de los ganadores (premios y menciones) del Concurso de Cuentos de Radio Santa María. No pude resistirme a la tentación y acepté, no tanto por el hecho de sentirme comprometido con sus organizadores desde hace más de cinco años, sino por el hecho de sentirme solidario con una enorme cantidad de jóvenes que ansían tener las oportunidades para desarrollarse, para crecer.

Desde nuestro punto de vista, cada edición de este Concurso ha sido una prueba viva y fehaciente de que no debemos dejar que palidezca nuestra esperanza en el futuro, nuestra esperanza en los jóvenes. Es verdad que hay muchos, quizás ahora en mayor cantidad que antes, que están metidos en problemas con bandas juveniles, drogas, juego, alcohol u otras lacras sociales tan abundantes en nuestras ciudades de hoy. Pero hay otros muchos que encuentran en el activismo cultural una vía de realizarse como persona, como ciudadano y como hijo de Dios.

Junto a ellos, aquellos que luchan y se esfuerzan para ser un poco mejor cada día, tanto yo como todos los que laboramos en este Concurso, estamos dispuestos a echar la pelea hombro con hombro. Por eso, este concurso seguirá ofreciéndose a fin de cada año y seguirá creciendo en credibilidad y en calidad. Contamos para ello con la ayuda de Dios y con la inapreciable sensibilidad social y generosidad de Industria de Tabaco León Jimenes, C. por A. que desde el primer momento nos ha dado su apoyo institucional.

Todos quedan entonces invitados a participar. La expresión oral o escrita es patrimonio de todos los seres humanos, aunque no todos ven en ella un medio para poder analizar la realidad que lo rodea, criticarla y proponer las transformaciones sociales y de los valores que estime necesarias. Si a esto se le añade un poco de cuidado de la forma y una mayor proporción de originalidad, pueden tener la seguridad que ya el triunfo es una realidad y el galardón sea material o moral, le será otorgado.

Carlos Fernández-Rocha

ACTA ÚNICA

Los Jurados, convocados para el “Sexto Concurso de Cuentos de Radio Santa María”, reunidos el sábado 13 de marzo de 1999 en la ciudad de La Vega, después de ponderar las obras sometidas a nuestra consideración, hemos decidido otorgar los siguientes premios y menciones:

PREMIOS:

1ero. Premio: “Parábola para Muñecas”

Seudónimo: Evita Mir Cámaras

Autor: Julio Adames

2do. Premio: “Amapolas Pisadas”

Seudónimo: Constantine Duboix

Autor: Carlos Sosa

3er. Premio: “Los Fetiches”

Seudónimo: VGR- 100

Autor: Pastor de Moya

4to. Premio: “El Espejo”

Seudónimo: Luna Llena

Autor: Yesmín Haddad

5to. Premio: “Llovizna de Muerte y Vapor”

Seudónimo: Remigio Púas

Autor: Roberto Adames

MENCIONES:

1era Mención: “El Pago”

Seudónimo: El Peregrino

Autor: Félix Jerónimo

2da. Mención: “Impedimentos de Entrada”

Seudónimo: Muhamed de Rundí

Autor: José López Campusano

3era. Mención: “La Mesa”

Seudónimo: Tan alto como el árbol cuyo fruto es el sol

Autor: José Acosta

4ta. Mención: “La Grilla”

Seudónimo: La Pitahaya

Autor: Silvia di Franco

5ta. Mención: “De atardeceres y olvido”

Seudónimo: Anteo

Autor: Ricardo Nieves

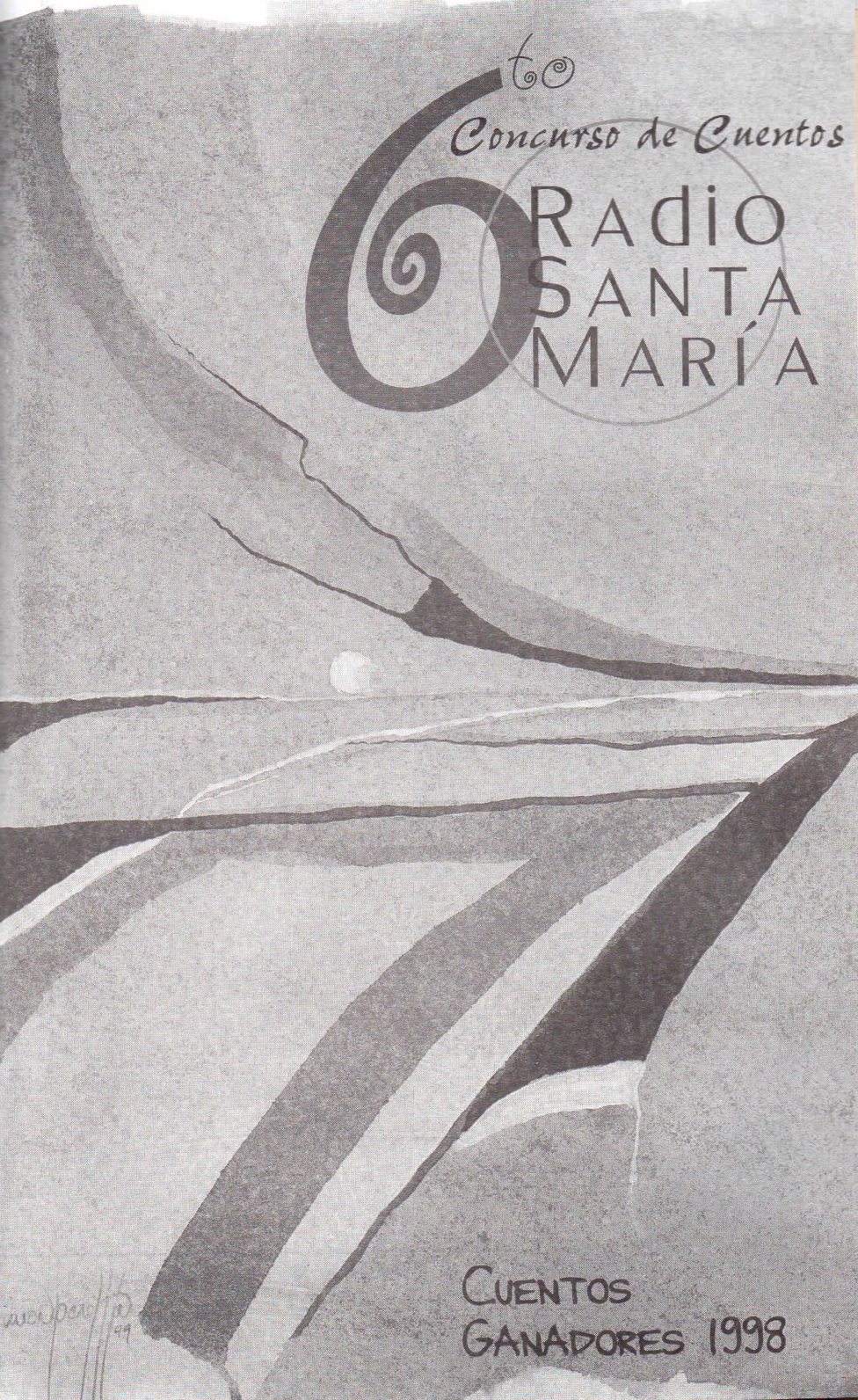
Dado en La Vega a los trece (13) días del mes de
marzo de 1999

P. José Luis Sáez, S.J.

Lda. Emelda Ramos

Lic. Carlos Fernández-Rocha

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Amigo del Hogar
de Santo Domingo, D.N.,
en julio del 1999.



to
Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA

CUENTOS
GANADORES 1998



INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S. A.



INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S.A.